

Under the Bridge

Stories from the Border

Bajo el puente

Relatos desde la frontera



Rosario Sanmiguel



UEL

Bajo el puente

Relatos desde la frontera

por Rosario Sanmiguel

Under the Bridge: Stories from the Border / Bajo el puente: Relatos desde la frontera is made possible in part from grants from the City of Houston through the Houston Arts Alliance and by the Exemplar Program, a program of Americans for the Arts in collaboration with the LarsonAllen Public Services Group, funded by the Ford Foundation.

Recovering the past, creating the future

Arte Público Press
University of Houston
452 Cullen Performance Hall
Houston, Texas 77204-2004

Cover design by Stephen Sonnen

Sanmiguel, Rosario

Under the Bridge: Stories from the Border / by Rosario Sanmiguel;
English translation by John Pluecker. *Bajo el puente: Relatos desde la frontera* / por Rosario Sanmiguel; traducción al inglés de John Pluecker.
p. cm.

ISBN 978-155885-514-4 (alk. paper)

I. Pluecker, John, 1979- II. Title. III. Title: *Bajo el puente*.

PQ7298.429.A56B3513 2008

863'.64—dc22

2007047390

CIP

∞ The paper used in this publication meets the requirements of the American National Standard for Information Sciences—Permanence of Paper for Printed Library Materials, ANSI Z39.48-1984.

© 2008 by Rosario Sanmiguel
Printed in the United States of America

8 9 0 1 2 3 4 5 6 7

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Under the Bridge: Stories from the Border

Sucre Alley	1
A Very Long Silence	5
Under the Bridge	29
The Other Room (Second Take)	35
The Spinners	57
Landscape in Summer	62
Moonlit in the Mirror	74

Bajo el puente: Relatos desde la frontera

Callejón Sucre	121
Un silencio muy largo	125
Bajo el puente	149
La otra habitación (Segunda mirada)	155
Las hilanderas	176
Paisaje en verano	181
El reflejo de la luna	193

A la memoria de G. Yolanda Cortázar
1957-1984

El silencio es la profunda noche secreta del mundo.

Clarice Lispector

Callejón Sucre

La noche no progresa. Abro un libro y pretendo poblar las horas con situaciones ajenas que me lleven de la mano, con amabilidad, por las páginas de otras vidas. Fracaso. Parece que las horas se atascan entre estas paredes limpias y umbrías. Enciendo un cigarrillo, otro más; supongo que me toma de cinco a diez minutos consumir cada uno. A mi lado, en un estrecho sofá, una mujer se arrellana, deja de roncar unos segundos para retomar enseguida su sonora respiración.

Camino hacia la puerta de cristal y atisbo la calle vacía: sólo un gato la cruza de prisa, como si no quisiera alterar su paz. El anuncio del café de enfrente está apagado. Dos hombres apuran sus tazas mientras el mesero cabecea sobre la caja registradora. Seguramente espera a que terminen para apagar la luz y entrar en el sueño, esa región que desde hace días se me desvanece.

Regreso al sofá cuando la mujer ya invade mi lugar con sus piernas extendidas. Avanzo hasta un grupo de enfermeras que platican en voz baja y les pregunto la hora. Las tres y media. Cruzo la penumbra del pasillo para llegar al cuarto ciento seis. No tengo que buscar la plaquita que indica el número, sé con exactitud cuántos pasos separan el cuarto de Lucía de la sala de espera. Ella tampoco duerme; en cuanto advierte mi silueta bajo el dintel murmura que tiene calor, me pide algo de beber. Humedezco mi pañuelo

con agua de la llave y le mojo apenas los labios. Dame agua, por favor. No escucho la súplica. Sé que sus ojos me siguen en la oscuridad del cuarto. Sé que permanece atenta al roce de mis pasos sobre las baldosas enceradas. Salgo del cuarto para no encontrarme con sus ojos verdes, para no verla convertida en un campo de batalla donde la enfermedad cobra terreno cada momento. Paso a un lado del sofá donde la mujer aún duerme y apago la lamparita que ilumina sus pies.

En la calle vacilo para tomar un rumbo. A unas cuantas cuadras los hoteles lujosos de la ciudad celebran la fiesta nocturna de fin de semana. Me dirijo sin convicción hacia la avenida Lincoln. Mujeres perfumadas pasean por las calles, me hacen imposible olvidar el olor de las sábanas hervidas que envuelven el amado cuerpo de Lucía.

Las sombras se diluyen bajo las marquesinas encendidas. En este sitio la noche no existe.

En el malecón tomo un taxi que me lleva al centro. El chofer quiere platicar pero yo no respondo a sus comentarios. No me interesa la historia del júnior que se niega a pagar ni las propinas en dólares que dejan los turistas. Tampoco quiero oír de crímenes ni mujeres. Recorremos la avenida Juárez colmada de bullicio, de vendedores de cigarrillos en las esquinas, de automóviles afuera de las discotecas, de trasnochadores. A ambos lados de la calle los anuncios luminosos se disputan la atención de los que deambulan en busca de un lugar donde consumir el tiempo. Yo me bajo en el Callejón Sucre, frente a la puerta del Monalisa.

Una mujer de ojos achinados baila desnuda sobre la pasarela que divide el salón en dos secciones. Un grupo de adolescentes celebra escandalosamente sus contorsiones. El resto de los desvelados echa los labios al frente para agotar la cerveza de las botellas. Descanso los codos sobre la barra y miro con atención a la de rasgos orientales. Una hermosa madeja de cabello oscuro le cae hasta la cintura, pero un

repugnante lunar amplio y negruzco le mancha uno de los muslos. Mientras la oriental baila recuerdo a Lucía trepada en esa tarima. La veo danzar. Veo sus finos pies, sus tobillos esbeltos; pero también viene a mi memoria la enorme sutura que ahora le marca el vientre. Recuerdo las sondas, sueros y drenes que invaden su cuerpo.

Al fondo las cortinas mugrosas se abren: Rosaura sale a supervisar el establecimiento. Años atrás nos vimos por vez última, cuando Lucía y yo desertamos, cuando abandonamos a Rosaura y su mundo. Ella se acerca profiriendo exclamaciones de júbilo que me dejan indiferente. Desganado intercambio unas palabras con ella y descubro en su piel profundas arrugas que se acentúan, despiadadas, cada vez que suelta una carcajada. De la mesa más lejana la llaman y ella acude solícita. Procuero no perderla de vista a pesar de la poca luz y del humo que sofoca el ambiente. Limpio con una servilleta los vidrios empañados de mis anteojos y me dirijo también a la mesa. A medida que me acerco aumenta la certeza: en su rostro veo el mío. Cuando llego junto a ella trazo en la boca un gesto sarcástico.

—Andamos casi en los cincuenta, —le digo. Antes de responder la matrona irrumpe con otra carcajada—. ¿Y cómo van las cosas con la bella Lucía? Dile de mi parte que todavía le guardo su lugar. —La vieja se levanta de la mesa, riendo. Sus palabras me caen como costales de arena sobre los hombros. Siento que el sudor me pega la ropa a la piel y salgo a la calle, donde el calor cede un poco. Mientras decido qué hacer, repaso con la mirada la fachada de los bares arracimados en la calle más sombría de la ciudad. Tengo la sensación de haber caído en una trampa. Nada vine a buscar, sin embargo encuentro la imagen oculta del antiguo animador de un cabaret de segunda. Para distraer el ánimo enciendo un cigarrillo que sólo consigue amargarme el aliento.

De regreso cada paso que doy hace más hondo el silencio. Las casas se tornan más oscuras. Detrás de las ventanas adivino los cuerpos cautivos del sueño. Los gatos me acechan desde las azoteas. Los árboles se juntan en una larga sombra, epidermis de la noche.

En su cama Lucía también sigue en vela. Salgo del cuarto y en la salita encuentro el sofá vacío. Entonces me tiendo a esperar que transcurra otra noche.

Ciudad Juárez, 1983

Un silencio muy largo

a Huberto Batis

En la interminable secuencia de puertas una abre a Las Dunas. Los humores de cuartos y retretes, de mingitorios y bailadores se amalgaman en uno solo que boga por todos los rincones. Atrás de la barra una pared cubierta de caoba otorga inusitado atractivo al lugar. Hay dos mesas de billar, una amplia pista de baile y algunas mesas de lámina. Un muro pintado con motivos del desierto separa los cuartos del salón. Nada espectacular ha ocurrido en medio siglo. Nadie ha cometido un crimen o un robo aparatoso. Nunca un incendio. En este sitio las horas se suceden rigurosamente uniformes.

1. La aparición de Francis

Francis apareció envuelta en un largo abrigo blanco. Anudaba el cabello en la nuca y en el cuello una bufanda blanca. Su rostro se empeñaba en mostrar una serenidad que, en esa hora difícil de la noche, no la asistía. Caminó hacia el interior sin convicción, como si anduviera extraviada: bajo la sombra de las cejas castañas la mirada alerta y engañosa. El dolor asomaba a los labios. Seguramente bajo el abrigo albo su vestido negro mostraba el nacimiento de los senos.

Había abandonado a Alberto. Ya se le había ido buena parte de la vida dejándolo y encontrándolo; en situaciones que llegaban a su límite de tolerancia después de una discusión apasionada y un adiós transitorio. Para él era fácil encontrarla cuando consideraba llegado el momento de la reconciliación; bastaba con ir a su apartamento, buscarla con las amigas o esperarla al salir de la oficina. Esta vez no sería igual. Ahora Francis no pensaba regresar, estaba decidida a romper diez años de relación, ya no le importaban las razones que a lo largo de los años había escuchado de Alberto, pues el lazo que la mantenía unida a él se había desgastado paulatinamente, sin que él lo advirtiera, ocupado como estaba en conciliar dos situaciones —esposa y amante— irreconciliables.

Esa noche cumplía treinta años. Había salido a cenar con Alberto y éste le había obsequiado una argolla con tres esmeraldas incrustadas. Más tarde la había llevado a casa de una amiga que Francis —según dijo— necesitaba ver. Mentira. Francis ya no vivía en el lugar que Alberto conocía; se había mudado varios días antes para que él no pudiera encontrarla. También había dejado la inmobiliaria, un puesto ejecutivo ganado con creatividad y esfuerzo, pero estaba dispuesta a renunciar a cualquier cosa con tal de sacarse a Alberto definitivamente del cuerpo y de la memoria. Cuan-

do vio desaparecer el carro al fondo de la calle, buscó un taxi que la llevara a cualquier parte. Desconcertado por la orden, el chofer la paseó por la ciudad cerca de una hora, hasta que ella fue capaz de dar una dirección precisa: Las Dunas, un nombre que inexplicablemente recordó en medio de la borrasca que llevaba dentro.

Francis se desplazó entre la pesadez del ambiente cargado de humo y miradas oblicuas. Dos parroquianos de inmediato la abordaron, insistieron en que ella los acompañara a su mesa. Una frase cortante bastó para que la dejaran en paz. Desde su sitio tras la barra, China y Morra la miraban, un poco por curiosidad y un poco por atenderla. Eran las mujeres más viejas, contarían más de cincuenta años, y también las empleadas más antiguas en Las Dunas. Siempre habían sido amigas, desde que servían en el Cocco-Drilo, tres décadas atrás, cuando Varela el Viejo tenía el bar en la zona del Valle, antes de que llegaran las maquiladoras a plantarse sobre la arboleda a la vera del río. Todavía, algunas tardes calurosas de agosto, recordaban las tardeadas dominicales en que los soldados de Fort Bliss llegaban por ellas. Terminaban los años cincuenta. Qué diferente era todo, se decían China y Morra, nunca teníamos miedo. Tenían razón, para llegar al Cocco-Drilo, si los soldados cruzaban por el puente Santa Fe, debían salir de la ciudad y cruzar los plantíos de algodón. Antes de llegar podían escuchar los acordes llevados por el viento, música en vivo todo el tiempo.

Un aletazo frío interrumpía su charla cada vez que alguno entraba, después China se ocupaba de secar el charco de agua que los rastros de nieve y el tráfico de los clientes formaban a la entrada. Cuando alguien abría la puerta Francis también sentía el chiflón helado y se arrebujaba en su albo abrigo de lana.

—¡Este invierno sí que cala! Sírvenme una San Marcos, Morra, y a la señora lo que está tomando —pidió a gritos un hombre que se sacudía la nieve de los zapatos a un lado de ella.

Francis aceptó la copa, pero permaneció sumergida en el marasmo de sus emociones sin advertir el paso de las horas. Replegada en su coraza como un bígaro, dejaba morir su primera noche sin Alberto. Entretanto los desvelados llegaban a calentar los huesos y el ánimo. Afuera las calles nevadas resplandecían de tanta blancura.

2. La noche del beodo

Ensimismada, en un extremo de la barra, Francis se evadía del mundo. La ausencia le dolía. Todo ese tiempo con Alberto no sería fácil de olvidar a pesar de que él no la quiso como ella deseaba. No se trataba de casarse, tener hijos y pagar las letras de una casa, sino vivir juntos, intentar ser felices, cualquier cosa que eso pudiera significar. Pero Alberto era cobarde y ella lo supo siempre, y si muchos años le tomó reunir la fortaleza necesaria para separarse de él, ahora, pensaba, sólo dejaría correr los días y con ellos la amargura del fracaso. Se sabía responsable del resultado final, después de todo Alberto no le prometió nada.

El hombre que días antes le había invitado una copa llegó y se instaló a su lado, pronunció algunas frases como un simple formulismo, tomó aliento y empezó su discurso. Era un hombre de más o menos sesenta años, con una calvicie que sabía disimular a fuerza de acomodarse los pocos cabellos restantes en algo parecido a un nido. Llevaba una gabardina vieja y arrugada encima de un chaleco de tejido grueso. Los ojos enrojecidos, el sesgo de las cejas y las mejillas lacias daban a su rostro apariencia de perro triste.

Morra se acercó a escuchar su voz pastosa. Estaba ebrio, sin duda alguna. El hombre no advirtió la presencia de la mujer, tan absorto estaba en sus propias palabras. Francis en cambio, miró unos segundos a Morra y luego siguió atenta a lo que el otro decía:

— . . . señora, estoy seguro de que usted ama a un hombre . . . seguro de que se sienta en la banca de un parque a esperarlo, ¿no es así? . . . claro, veo en sus ojos que está enamorada . . . la envidio, señora, no sabe cuánto la envidio . . . quisiera estar en su lugar, sentir lo que usted siente . . . dígame . . . ¿qué se siente amar a un hombre? . . . abandonarse a él . . . abandonarse a él . . . hábleme de su pasión,

se lo ruego . . . yo soy hombre y también he amado . . . envidio la fuerza de su entrega . . . ¿me entiende? . . . es una fuerza que no se agota . . . al contrario . . . crece como yo no la he visto en mí . . . dígame usted cómo se vive esa pasión . . . la noche no es como el día . . . de otra manera usted no estaría aquí . . . también yo prefiero la noche . . . la conozco a fondo . . . para mí es como un largo sueño . . . y para usted, ¿qué es? . . . hábleme, se lo ruego . . . dígame . . . usted que ama a un hombre, cómo vive esa pasión . . .

El hombre alternaba sus frases con los sorbos que daba al vaso. Francis no respondió a pesar de que él la interrogaba directamente. Lo escuchó en silencio hasta que él cayó de bruces sobre la barra. Las palabras del hombre molestaron a Morra, también su presencia, y como en cualquier momento iba a incorporarse para seguir su perorata, le habló a una de las muchachas para que se lo llevara lejos. Nely le pasó el brazo por los hombros y murmuró algo a su oído. El beodo alzó la cabeza, la miró un instante y se dejó llevar.

3. El robo

Los gritos llegaron hasta la amplia pista de baile. China dejó el tejido y las agujas sobre la mesita que estaba en el pasillo que conducía a los cuartos, se puso de pie y fue directamente a la puerta de Nely. Morra acudió a su encuentro cuando ya venían los tres al salón. El hombre jalaba a Nely de los pelos; tras él China le ordenaba que la soltara. Cuando estuvo frente a Morra el hombre reclamó zarandeando a la muchacha de un brazo.

—Esta desgraciada me robó cincuenta pesos.

—¡Suéltame, pendejo! ¡No sabes ni cuanto dinero trais!

Nely respondió al tiempo que trataba de zafarse; después empezó a chillar, dijo que ella no había robado nada, que tal vez le faltaba dinero al viejillo, pero ella era inocente. Se talló los ojos como si secara lágrimas. Su coraje era duro y seco como una corteza añosa. Vestía una descolorida faldita de pana y una blusa ajustadísima, sin mangas. Sus brazos de adolescente eran redondos, suaves y oscuros. Si ella había robado el dinero —Morra lo dudaba— no lo traía consigo.

—¡Déjate los ojos, bizca cabrona y entrégame el dinero!

Nely no soportaba ningún insulto que aludiera a ese defecto tan obvio en su cara. Se le echó encima al hombre, que sólo pudo desprenderse de sus uñas con la ayuda de China y Morra. Las mejillas le quedaron enrojecidas, con la piel reventada. Tuvo que limpiarse la sangre con la manga de la camisa. —¡Ya basta —ordenó Morra—, llévatela de aquí! —China se la llevó a jalones. Nely no cesaba de insultar al acusador, que también le respondía con injurias cada vez más ofensivas. A Morra el hombre la amenazó con llamar a la policía. No era la primera vez que alguien se quejaba de robo, aún así Morra decidió no complicar el asunto y pagar el dinero. En esos casos que paguen ellas, ordenaba Varela el Joven. Ya le descontarían cincuenta pesos a Nely.

El hombre pidió una cerveza que Morra sirvió amablemente. Mientras él bebía apaciguado, Nely buscaba el dinero. En el rostro tenía ese aire de concentración que le daba el estrabismo. Iba y venía a gatas por el cuarto, hacía a un lado los trozos de papel higiénico desperdigados por el suelo. A un lado de la mesita del tejido, China se calentaba las manos con el calorcito que despedía el calentador de gas. Desde allí, con su voz cansina urgía a la muchacha para que encontrara el billete.

—¿Pa' qué te haces güey? Tú le bajaste la lana al viejillo.

Cuando el hombre se fue, Francis, que desde su sitio había observado todo el suceso, le preguntó a Morra si habían encontrado el dinero. Morra negó con la cabeza y agregó:

—Ojalá que no vuelva.

—Usted sabe que sí regresa.

—¿Por qué está tan segura? —preguntó Morra sorprendida no sólo porque era la primera vez que la oía hablar, sino también por la afirmación.

—Mire cómo trató a la muchacha, mire cómo lo trató usted a él; además le regaló cincuenta pesos.

—Nely lo robó —indicó Morra molesta.

—Tal vez no sea cierto. Usted lo sabe.

—Pa' mí que sí lo robó —dijo Morra sin convicción— ¿qué no? Yo conozco a estas muchachas y usted no.

—Mire, aunque así hubiera sido. ¿Qué tanto son cincuenta pesos?

Morra sonrió; elevó una comisura de la boca y explicó:

—Pa' usted nada, pero pa' alguien con necesidad como Nely, sí es mucho.

—Cincuenta pesos no pagan la vejación.

—No la entiendo, señora, pero pa' mí que tampoco usted entiende —respondió Morra fastidiada.

—Quiero decir algo muy sencillo, Morra: aquí las robadas son ustedes.

Morra escuchó su nombre y la explicación de Francis. Las palabras crepitaron como una flor olvidada en un libro. Morra ladeó la cabeza en un gesto que reforzaba su actitud atenta. Ella también sentía eso aunque nunca lo hubiera verbalizado. Lo pensaba desde que era joven y unos días servía mesas y otros bailaba, allá en el Coco-Drilo, cuando Varela el Viejo le aconsejaba que no creyera en los hombres si alguno la invitaba a pasear o le proponía algo. *Aquí me tienes a mí, a la mano*, decía, y luego se echaba a reír.

Morra recordó con nostalgia al rubio “soldadito de plomo” que iba a buscarla al Coco-Drilo. El mote se lo dio Varela el Viejo, celoso de las intenciones del extranjero. No era inusual que los extranjeros se enamoraran de las mujeres que trabajaban en los bares y se las llevaran a su tierra. También Morra tuvo su enamorado. Un largo año la visitó Uve Lambertz, con sus grandes ojos azules de niño azorado y su boquita fina de mocosito chiple. Varela veía el desarrollo del romance sin decir palabra, pero Morra leía en su mirada el disgusto que le causaba la visita del muchacho, y pese al pronóstico de fracaso que le armó cuando ella le dijo que se iría con Uve, continuó con los preparativos necesarios para dejar la ciudad y empezar una nueva vida en otra parte del mundo. *No te irás con él*, repetía Varela un día y otro ante la firmeza que mostraba Morra, *se burlará de ti, estoy seguro*.

La tarde señalada Morra no asistió a la cita. Mientras Uve la esperaba en el Mere's, a unas cuadras del Santa Fe, consumiendo coca-colas y camels, Varela el Viejo discutía acaloradamente con Morra. Él no iba a permitir que ésta lo abandonara así nomás, después de todos los años que él le había dado su “protección”. La hora llegó y Morra seguía encerrada con Varela el Viejo, trataba de hacerle ver su agradecimiento y el deseo que tenía de hacer aquel viaje con

Uve. Ella se encaminaba a la puerta y el hombre le impedía el paso, la abrazaba y le prometía cosas diferentes. Se calmaban un rato y de nuevo Morra trataba de salir. Finalmente una fuerte bofetada la dejó inconsciente algunos minutos. Cuando recobró el sentido entendió que Varela no la dejaría salir. Resignada, se echó agua en el rostro para que él no viera sus lágrimas. El hombre la tomó de la mano tiernamente, la acostó en la cama, la besó en los labios y esperó que el sueño la venciera. Varela el Viejo miraba a Morra dormir mientras Uve Lambertz veía morir el último dominio de su vida que pasaría en este lado del mundo.

Francis se encaminó a la puerta arropándose con su abrigo largo. Fenicio, que no perdía de vista uno solo de sus movimientos, la siguió y después de vacilar unos segundos, cortésmente le abrió la puerta. Hubiera querido decirle que era muy bella o algo así, pero esa mujer lo intimidaba, por eso se conformaba con mirarla en silencio. Una vez que ella salió Fenicio castañeteó los dientes y se sacudió como un perro.

4. El desafío

La presencia de Francis molestaba a Katia, pese a que aquella no se movía de su sitio y apenas si hablaba con China o con Morra. Lo peor para Katia era la frecuencia de sus visitas.

—Es una más que viene a matar las horas, o a olvidar sabrá Dios qué cosas —le explicó Morra cuando adivinó su disgusto—. Tú pa' que te apuras, ella no viene a competir contigo.

—Lo de ésta es pura envidia —intervino China—, no sé si porque la señora se ve fina o por el señor que viene a hablar con ella.

—¿Envidia yo? Ni que estuviera tan buena, y además ya está vieja.

Francis mantenía una actitud inexplicable para Katia; ésta percibía algo en Francis que la confundía, tal vez su indiferencia hacia hombres y mujeres, o la displicencia con la que dejaba correr la noche. Era como si nada la perturbara, ni el volumen excesivo de la sinfonía, ni la alegría de los beodos con sus vozarrones tristes, ni los gritillos de las mujeres. China era quien más platicaba con Francis, en ocasiones reían de cosas que nadie sabía, ni siquiera Morra. China transformaba sus ojos almendrados en dos líneas, las mejillas se le inflaban, redondas y brillantes, llenas de gozo. Con la risa Francis mudaba sus facciones, un gesto de dolor se dibujaba en su cara al punto que la risa parecía llanto. La hilaridad le cobraba lágrimas.

Los meses de frío intenso habían pasado, y los peores días, los primeros, los más desolados, los de Francis sin Alberto, también. Posiblemente él no la había buscado aún. Tal vez, pensaba Francis, cuando encontró su antiguo apartamento vacío y no pudo localizarla en la inmobiliaria, sintió su amor propio herido y decidió dejar que la provocación siguiera un poco más. Alberto reaccionaba de esa

manera cuando Francis le hablaba de la separación definitiva, lo interpretaba como un juego de poder, un desafío a sus reglas. Ya le llegaría el momento de aceptar la derrota.

Esa noche Katia lucía como de costumbre —vestido entallado y corto color rojo, medias negras para sus bien torneadas piernas y altísimos zapatos rojos—, apetitosa como la pulpa de una fruta jugosa, donde su joven corazón, hondo y vulnerable, era la semilla vehemente. Después de ir de un lado a otro hizo una pausa para pensar mejor las cosas. Se sentó a un lado de la sinfonola y le metió muchas monedas para escuchar canciones de amor. Luego discutió con Nely, pues ésta quería bailar música alegre. Morra no intervino por no discutir con Katia. Además, el acompañante de Nely estaría más contento si bailaba abrazado a ella y no al ritmo de una cumbia.

Katia tenía unos cuantos meses en Las Dunas, venía de un lugar donde Varela el Joven, viéndola bailar, se sintió cautivado. Atraído por la muchacha se empeñó en llevarla a trabajar para él. Ella aceptó después que Varela le prometió doblar sus ingresos. No hacía mucho tiempo que Katia pasaba largas temporadas en la correccional para menores. Acostumbraba vagar por las calles hasta la madrugada involucrándose en broncas de pandillas, o robando cerveza y tabaco en los comercios que permanecían abiertos hasta tarde. A la primera cantina la llevó una compañera del reclusorio, una cervecería del llamado barrio de la pezuña, en las cercanías del rastro. De ahí salió por picapleitos a los quince días iniciando una cadena de trabajos esporádicos, despidos y broncas, hasta la noche que los ojos de Varela el Joven la descubrieron. Ahora Katia era una mujer de veinte años dispuesta a sacar el provecho posible a su atractivo físico. Ya que Varela la consentía, era voluntariosa, y esa noche tenía ganas de pleito, por eso cuando Francis entró al baño aprovechó la ocasión para hostigarla. De golpe abrió la puer-

ta, justo cuando ella estaba frente al espejo. No fue sino hasta ese momento que Francis comprendió la actitud de Katia; sus ojos lidiaron los de la muchacha, que además, en sus labios rojos trazaba una mueca de rabia. En ese momento Nely estaba cerca y observó lo ocurrido; más tarde le dijo a Morra que las dos mujeres se habían mirado fijamente, sin decir nada. Difícil creerlo de Katia, pues tenía la boca suelta, agresiva. También contó que ahí se había quedado Francis, muy firme, con las piernas en compás y las manos apretando las rosetas del grifo, y que luego Katia salió azotando la puerta.

5. La ventana

Desde la ventana de su cuarto Francis veía el tráfico de la calle. Los carámbanos de cristal descendían de los aleros, escurrían gruesas gotas que al caer producían un sonido monótono. Miraba pasar a la gente, a los chiquillos que salían a jugar con los restos de la nieve. El humo en el aire, el vaho de los transeúntes, los papeles que arremolinaba el viento. Francis hacía una pausa en su vida y se daba cuenta que había caído en una situación extremista y tal vez falsa.

Su madre la había educado en los principios de la religión católica. No imaginó que su hija pudiera querer una vida diferente a la que ella le había impuesto: escuela de monjas, modales recatados y horarios restringidos para salir y llegar a casa. Francis quería ver el mundo, sentirse libre, por eso en cuanto se sintió con fuerzas para abandonar la casa familiar, lo hizo. Las cosas no resultaron tan fáciles, trabajar para pagar un cuarto de pensión sin abandonar la universidad exigía un esfuerzo mayor al que estaba acostumbrada. Pese a ello pronto entró al ritmo que quería, las clases de contabilidad en la mañana, la oficina por la tarde y el resto del poco tiempo que quedaba, libre para hacer lo que ella quisiera.

Había visitado Las Dunas por primera vez con un grupo de compañeros que, como ella, se querían tragar el mundo de una mordida. Después de una fiesta de fin de año decidieron ir a la zona; simplemente querían pasar de su ambiente clasemediero a otro más "grueso". Para aquellos jóvenes de cafecitos chic el ambiente resultó atractivo, sin embargo, salieron de ahí a las ocho de la mañana sin que ninguno intentara regresar. Durante sus años universitarios había recorrido el camino de una muchacha que se consideraba liberal: participaba en la política universitaria, en marchas de apoyo a un sinnúmero de causas, asistía a reventones con mota y experimentaba todo lo que en los años setenta se vivía como secuela de la década anterior. Hasta que llegó Alberto.

Tras la ventana Francis miró los últimos fragmentos de la tarde, los movimientos de los niños apaciguados por el viento helado que se movía en círculos en torno a ellos, la sombra de los objetos difuminada en la penumbra . . . la mirada oscura del hombre que entraba en el aula de Sociales por equivocación: Alberto había llegado más de quince minutos tarde. La muchacha del pupitre de enseguida le gustó y decidió esperar a que terminara la clase para invitarla a un café. Francis aceptó la invitación. Minutos después, en la cafetería de la facultad, supo que Alberto cursaba la maestría en finanzas, tenía treinta y cinco años y llevaba siete de casado . . .

Alberto era un hombre diferente a los que estaba acostumbrada a tratar, mayor que ella —lo cual de entrada era un atractivo—, pero también un cínico desencantado del amor, el matrimonio, el trabajo y en general las cosas que desencantan a quienes lo tienen casi todo. Justo la clase de hombre que ella necesitaba, uno que por estar casado no le pediría matrimonio y que como ella renegaba de la vida próspera y ordenada. Alberto se enamoró primero y empezó a seguirla a todas partes. Francis en cambio, tomó la relación con más desenfado, mas a la vuelta de un año se descubrió tan enamorada que todas las tardes se despedía de él con el ánimo turbio, como si la savia del corazón se le hubiera estancado, o por lo menos agriado un poco.

Al paso de los años entendió que los desplantes de Alberto eran actos de cobardía disfrazados de cinismo. Así como no era capaz de aventurarse a dejar el empleo que decía le desagradaba, tampoco lo era para salir de su matrimonio y vivir en pareja con ella. ¿Y qué podía exigir? Nada. Ella también vivió engañada respecto a su propio mundo, pero se sentía a tiempo para reparar su error. Necesitaba serenar las aguas de su vida. Mientras tanto había encontrado en ese cuarto de pensión un buen sitio para pertrecharse y recobrar espíritu.

6. Una mujer sin dueño

China tejía toda la noche, sólo suspendía su labor unos minutos para ir tras las parejas que ocupaban los cuartos, entonces cambiaba las agujas por el papel sanitario. Después de cumplir con su deber regresaba a su sitio en la mesita donde, además del tejido y el rollo de papel, había una caja con cigarrillos americanos y una veladora encendida ante la imagen de San Martín Caballero. Varela el Joven le permitía vender cigarrillos para que ganara algo de dinero extra. Antes de enviudar ya se dedicaba a lo mismo en el Coco-Drilo. Allá, su esposo —apodado Chino— y ella encontraron trabajo cuando recién llegaron de Casas Grandes. El padre de Chino era dueño de una lavandería —uno de los pocos que había sobrevivido a los fusilamientos de chinos que ordenaba Villa—, donde conoció a Eulalia, se enamoró y casó con ella. Después de contraer matrimonio él y China trabajaron para el padre de Chino cerca de siete meses, pues una mañana nublada de septiembre despertaron perezosos, y sin abandonar la cama dejaron que se les metiera una idea loca en la cabeza. Mientras los hermanos de Chino los llamaban a gritos para que iniciaran la jornada, ellos retozaban entusiasmados por su futuro incierto. Empacaron las pocas cosas que tenían y tomaron un camión a Chihuahua, y de ahí, otro a Ciudad Juárez.

Visitaron el Coco-Drilo como clientes dos, tres veces antes de llegar a un acuerdo con Varela el Viejo. Chino atendería el salón y China se encargaría de los cuartos. Corría el año 65. Al siguiente cerraron y trasladaron el negocio al Callejón Sucre, donde moriría Varela el Viejo y al poco tiempo Chino, que se fue relativamente joven. Tenía alrededor de cuarenta años cuando murió, a causa de una bala perdida, la víspera del año nuevo del 74. China viuda, sin hijos,

acostumbrada a la rutina de una década, creyó que el mejor lugar para ella era el negocio de Varela el Joven.

Desde su lugar, China no perdía detalle de los sucesos del salón. Fenicio iba de un lugar a otro impaciente, llevaba copas, recogía propinas y de vez en cuando se acercaba a platicar con China. La mirada sagaz y el movimiento de las manos de la mujer dotaban a sus palabras de un timbre de sapiencia natural.

A la media noche entró el hombre que se llamó robado buscando a Nely. A esa hora ya Fenicio se sentía desesperado.

—¿Por qué andas tan inquieto, Fenicio? —le preguntó China.

—Por nada. Estoy un poco nervioso, eso es todo.

En ese momento China soltó las agujas, arrancó un buen trozo de papel y siguió a Nely y a su acompañante. Cuando regresó se asentó la filipina en el cuerpo rollizo y volvió a preguntar, —¿Tienes algún pendiente?

—Ninguno, ¿por qué?

—Como te veo tan amuinado, tan inquieto, de aquí para allá. Yo creía que te pasaba algo —contestó China en son de mofa.

—Ya te dije que no tengo nada.

—¿Por qué no me dices la verdad? Al cabo ya me di cuenta. Tú estás inquieto porque no ha venido esa mujer. Te estás enamorando de ella.

—Ya pasa de la medianoche —comentó cabizbajo Fenicio.

China asintió con la cabeza de pelo cobrizo, donde parecía nunca pasarse el peine después de soltarse los rizadores. Luego dijo sentenciosa, —Ésa es una mujer sin dueño, aunque es posible que tenga hombre. Pobre de ti, Fenicio.

—No me vengas con tus cuentos —respondió Fenicio exaltado—, si tuviera hombre sería su dueño y no anduviera aquí sola.

—Entiendes poco de mujeres, Fenicio. A ver, dime, ¿por qué no?

—Porque no tendría sentido —dijo el muchacho muy seguro de sus palabras.

—Y según tú, ¿qué tiene sentido? —China siguió interrogándolo con malicia.

—No lo sé. ¿Tú cómo sabes lo del hombre? ¿Te lo dijo?

—Yo lo sé porque lo sé.

—Mucho misterio. ¿Ella te lo dijo?

—Ya irás distinguiendo.

—¿Qué cosa, China? —preguntó suplicante Fenicio.

China lo contempló unos instantes con la compasión que se siente por un hijo que crece sano; luego lo despidió y retomó mecánicamente el ritmo de las agujas. El resto de la noche tuvo un pensamiento para Chino y un recuerdo para los árboles de copa ancha que crecían en la orilla del río.

7. El sueño

Esa tarde Francis pensaba visitar a su madre, tal vez hasta pasaría un par de días con ella, no más. Después de los primeros días empezaban a brotar las espinas. La madre aún le reprochaba que los hubiera abandonado, nunca pudo entender que ella buscara su independencia si, argumentaba, con ellos lo tenía todo. Señalaba a Alberto como la causa del abandono, pese a que él había llegado a su vida años después. La madre lo sabía, pero mencionarlo era otra manera de protestar porque su hija había salido soltera de la casa y no vestida de blanco, como ella lo deseó siempre. Por su lado, Francis no perdonaba que la madre le hubiera ocultado el deterioro de la salud del padre. Lo supo cuando la situación era irremediable. Así pues, Francis se rehusaba a entender que también para la madre esa muerte había sido una sorpresa. El viejo padecía una enfermedad crónica, nada alarmante en realidad, sin embargo una mañana amaneció muerto. Francis creyó siempre que su madre le había ocultado la gravedad del padre para castigarla. Se querían, pero esos desencuentros derivaban en una relación difícil.

Tomó el teléfono para anunciarle su visita. No hubo respuesta. Esperó. Se tumbó en la cama y encendió un cigarrillo, lo consumió y volvió a marcar. Nadie respondió. A pesar de que mantenía a su madre alejada de lo que se relacionara con Alberto, ahora quería hablar con ella abiertamente de él, de su padre, de la relación tirante y ríspida entre ellas: todo lo que era causa de su dolor y distanciamiento.

Desde la cama observó, enmarcado por la ventana, un retazo de cielo azul deslavado, casi blanco. Era una pantalla donde descansó la mirada hasta quedarse dormida. El sueño le presentó a una niña que jugaba en el patio a la hora que el sol lo inundaba de luz. En una jardinera vacía, larga y honda, hacía equilibrios sobre el angosto remate de las paredes de

ladrillo. Primero despacio, con mucho cuidado, pero a medida que tomaba confianza aceleraba el paso. El pie de la niña era del ancho del remate. No sentía temor, seguía corriendo por la orilla hasta que resbalaba y caía de golpe, a horcajadas. La niña quedaba con las piernas colgando. Sentía un dolor intenso en el sexo, ardor en las raspaduras de la entrepierna. Luego la humedad. Se bajaba de la jardinera y se revisaba el calzón de olanes: asustada descubría una mancha de sangre.

El frío despertó a Francis algunas horas más tarde. Hacía tiempo que no tenía ese sueño, pero ahora no era el momento de pensar en él ni tenía ganas de hacerlo. Se metió bajo el edredón y encendió otro cigarrillo. Las ascuas ardieron en la penumbra de la habitación. Los ruidos callejeros llegaban casi apagados, como si viajaran desde lejos. La oscuridad del cuarto y la sensación de lejanía del mundo la mantuvieron inmóvil sobre la cama, serena, con los ojos cerrados.

Antes de que se fuera la última luz del día salió a conocer las calles del barrio a donde se había mudado. Quería sentir en la piel los fillos rajantes del frío.

8. El pleito

La nieve cesó. Las calles tomaron su semblante habitual entre baches y charcos de agua pestilente. El pálido sol de los primeros días de marzo recobraba fuerzas, templaba los días. Sin embargo para los trasnochadores nada había significado el duro invierno, para ellos la vida acontecía en cualquier tugurio, indiferentes a su propio desgaste, al paso del tiempo. A las mujeres que allí fatigaban las horas, el mundo algo les robaba cada noche al vaivén de tonadillas y cuerpos anhelantes.

El hombre del monólogo regresó una de aquellas noches, buscó a Francis y retomó su discurso. De pronto se interrumpió, la sujetó por el brazo y quiso sacarla de ahí. Ella se zafó y cambió de banco, pero el hombre, ebrio, la siguió y jaló con más fuerza.

—¡Déjeme! —ordenó Francis molesta.

—Señora . . . por favor . . . acompáñeme.

—Déjeme tranquila, se lo ruego.

Fenicio, que observaba todos los movimientos de Francis, se acercó.

—¡Lárgate, no ves que la señora no quiere!

—Con usted . . . no es . . . el asunto —replicó el beodo.

Francis, previendo el desenlace, se retiró del lugar. Después de verla salir, Fenicio se lanzó sobre el otro con un puñetazo sin mucha fuerza. Pese a su estado logró mantenerse en pie, apenas balanceándose un poco. Antes que se repusiera del golpe, Fenicio le propinó otro puñetazo en la quijada que lo tumbó ruidosamente, pues al intentar sujetarse de la barra el hombre se llevó vasos y botellas al suelo. Fenicio trató de levantarlo de las solapas de la gabardina, pero el otro resistió el jalón. Los dos forcejearon en el suelo, torpemente, por varios minutos, hasta que Fenicio fue capaz

de levantarse. A empujones lo lanzó contra las puertas batientes. El beodo cayó de boca en un charco.

Katia observaba rabiosa, ¿quién se creía que era ésa? Más tarde, cuando llegó Varela el Joven, lo puso al tanto de lo ocurrido. A él lo fastidiaban los pleitos, no quería problemas, pero echar a los indeseables también era obligación de Fenicio. Además, las mujeres que entraban a Las Dunas sabían a qué atenerse. Varela el Joven cedió al capricho de Katia y dio la orden a Morra.

9. Pronto pasará el invierno

Francis se sentó en el escritorio. China en un sillón raído, frente a ella. La oficinilla era fría y sucia. La alfombra parda alguna vez debió tener color. Por encima de la cabeza de China colgaba un paisaje desértico pintado sobre panilla, en tonos amarillos y naranjas.

—Dice Morra que para ti ya no hay servicio —dijo China secamente.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida. —¿Por lo que pasó la otra noche con ese impertinente?

—Son órdenes de Varela —China hizo un mohín con la boca y se chupó los dientes—. Alguien se quejó, no sé quién.

—¿Me puedes decir qué clase de quejas proceden en esta covacha? —preguntó Francis en tono sarcástico. Luego solicitó un cigarrillo. China lo sacó de un cajón del escritorio, se lo entregó encendido y volvió a ocupar su lugar bajo la panilla.

—En este lugar el padrote es Varela, yo nomás te la paso al costo. Si fuera mío —de nuevo se chupó los dientes—, como si fuera tu casa.

Francis ya no escuchaba las palabras de China. El cuadro de burdas pinceladas que tenía frente a ella reclamaba su atención. Lo miró fijamente. Las dos mujeres entraron en un silencio muy largo. El color traía a su memoria la imagen del patio, colmado de sol, de la casa materna. El sueño. La sangre.

—¿Cuál es Varela?

—Un flaco vestido de negro que se sienta con Katia en la mesa grande, al fondo del salón. El único con tejana negra.

Francis miró con simpatía a China. Estaba lista para partir. Se sacó del anular la argolla de las piedritas verdes y mientras la depositaba en la mano de China dijo, —De cualquier manera ya no importa. Muy pronto pasará el invierno.

10. Primera condición del artificio

Morra conocía a muchas mujeres, unas más hermosas o más feas; algunas desaliñadas o perezosas; otras inteligentes y sagaces. Nada las hacía imperfectas. ¿Qué era la perfección, se preguntaba, si no la luminosidad del alma alcanzada en ciertos instantes de la vida? Ella era testigo de cómo, en ocasiones, en medio de la oscuridad aquellas mujeres llegaban a ese estado resplandeciente y fugaz. En Las Dunas, Morra lo sabía bien, era la primera condición del artificio.

Las seis de la mañana. Después de despedir al último cliente y a Varela el Joven, Morra cerró la puerta principal; por la trasera salieron ella y los demás. Katia y Nely muy abrigadas del torso, pero con las piernas al aire. China y Morra, que se cuidaban los bronquios, se empalmaron un suéter sobre otro; se cubrieron la boca y la nariz con sendas bufandas.

Fenicio fue el último en salir. Antes de echar a andar por la calle desierta, se enfundó sus guantes de gamuza, levantó el cuello a su chamarra de lana y aspiró el frío y limpio aire del amanecer.

Bajo el puente

Fui a buscar a Martín a pesar de que no le gustaba que llegara hasta el malecón, como era lunes no había gente en el restorán y cuando dieron las siete Mere me dejó salir, me quité el delantal, me cambié la blusa blanca por una camiseta negra que tenía un letrero del har-rock café que Martín me regaló cuando cumplí diecisiete años, y en lugar de los zapatos de tacón que tanto me cansaban me puse mis convers rojos, Martín no quería verme en el malecón porque los otros pasamojados le daban infierno con eso de que yo estaba muy buena, una vez uno le dijo que con una vieja como yo no había necesidad de remojarse tanto, él no aguantaba nada, respondió como lo hacía cuando se sentía amenazado, a golpes y navajazos, si los mirones no los hubieran separado a tiempo, Martín lo hubiera dejado como cedazo, esa fue la causa de que pasara en la cárcel varias semanas, con la ayuda de Mere pude hacer los trámites para sacarlo de allí, él me prestó para pagar los gastos del licenciado y cuando al fin salió libre le pedí que no volviera al puente negro, yo tenía miedo de que el otro quisiera vengarse, pero me dijo que él había llegado primero, que ése era el mejor lugar pa pasar mojados y que si el otro quería bronca mejor, así lo despachaba de una vez, afortunadamente cuando Martín regresó ya no lo encontró, ese día, el lunes, las banquetas que van del restorán al malecón estaban casi vacías, sin grin-

gos ni mojados, hacía mucho calor, la pestilencia de los charcos se mezclaba con el olor a orines que salía de las cantinas, un hombre que desde la puerta de un cabaret invitaba a gritos a ver un espectáculo me llamó con una vocecilla empalagosa, no le hice caso, pero estaba segura que al otro día iba a estar en el restorán molestándome, ese monito me caía mal, me invitaba al cine, a tomar cerveza, pacá y pallá, era deveras odioso, además tenía los dientes podridos, no como Martín que los tenía tan blancos y parejitos, “¡Mónica!”, me gritó, pero yo caminé más aprisa, a Martín no lo encontré y le pregunté a los otros pasamojados por él, me dijeron que acababa de cruzar, a esa hora había apenas unas cuantas personas en la orilla del río, como sin ganas de cruzar realmente, me acomodé bajo el puente y para distraerme me puse a mirar las nubes y los edificios de la ciudad que tenía enfrente, eran muy altos, torres de cristal de distintos colores, verde, azul, plomo, negro, . . . el zumbido de los carros me estaba adormeciendo . . . de pronto vi aparecer en el patio de trenes que está al otro lado del río, entre los vagones, a Martín y a uno de la migra, parecía que discutían, levantaban los brazos como si quisieran darse de golpes, el de la migra agarró a Martín de un hombro y lo sacudió, yo y todos los que estábamos de este lado nos quedamos muy atentos a ver qué iba a pasar, yo me asusté mucho porque sabía de lo que Martín era capaz, entonces Martín se zafó y salió por el hoyo que tiene la malla de alambre, bajó corriendo por la rampa de cemento y se metió en el agua sucia del río que le llegaba a la cintura, entonces vi que el cielo empezaba a oscurecerse, “¿qué haces aquí?” me preguntó enfurecido cuando llegó hasta donde yo estaba esperándolo, no le contesté porque esperé a que se calmara, empezamos a caminar por el malecón entre el polvo y los escombros, Martín traía su camiseta de los bulls de chicago empapada y no se diga los shors, cuando la ropa se le oreó un poco regre-

samos por la calle Acacias, allí había un eterno olor a grasa refrita y las banquetas estaban llenas de mocosos, nos detuvimos en una esquina a comer tortas, a mí se me ocurrió que las de salchichón parecían boquitas abiertas con la lengua de fuera, por el pedazo de carne que salía entre el bolillo, a Martín le cayó en gracia lo que dije, agarró una, abrió y cerró las dos partes del pan como si fuera una boca y se puso a hablar con acento gabacho, “¡cuidado, Martín, cuidado!, mejor amigos que enemigos ¿okay?”, arrojó la torta a un charco, eran las nueve de la noche, ya no se podía comprar licor en los comercios, por eso fuimos al restorán de Mere, saqué dos coors en una bolsa de papel, caminamos unas cuadras y nos metimos en el Hotel Sady, diez dólares por un cuarto la noche entera, pero nosotros nomás lo ocupábamos unas horas, en el camino le pedí que al siguiente día me cruzara el río porque yo nunca había ido al otro lado, Martín pidió un cuarto en el tercer piso, que era el último, con ventana a la Degollado, desde allí oíamos el ajeteo de la ciudad como un rumor lejano, contra la esquina del hotel hay un anuncio luminoso que echa una luz rosada, y a Martín le gustaba que entrara ese resplandor al cuarto, decía que se sentía en otro lugar, que hasta él mismo se sentía como una persona diferente, me acuerdo que esa noche sentí su cuerpo bien bonito, lo abracé muy fuerte mucho tiempo, hasta que él se apartó de mí, se tomó las dos cervezas y se puso serio, le pregunté qué había pasado, por qué arremedaba al de la migra, me contestó que traía broncas con él por unas gentes que había cruzado, cosas de dinero, dijo así nomás y cerró los ojos, yo esperé a que se durmiera para verlo a mis anchas, grande y fuerte, me sentía feliz con él, a mí Martín me gustó desde la primera vez que lo vi entrar al restorán con otros cholos, todos muy peinado, con el pelo patrás bien agarrado con una red, cuando les pregunté qué iban a tomar Martín respondió por ellos, luego que regresé con las

cervezas me preguntó por mi hora de salida, más tarde me estaba esperando afuera, Martín tenía las pestañas chinas, se reía con los ojos, eso me dio confianza y me hice su chava esa misma noche, después me dijo que era pasamojados, con el tiempo, cuando nos fuimos conociendo me di cuenta que le gustaba la yerba, eso no me gustó, él se burlaba de mí porque yo era muy chole, no le hacía ni a la mota ni al vino, pero así me quería, pensábamos rentar unos cuartos para vivir juntos, nomás mientras nos íbamos a Chicago, de mojados también nosotros como los pobres que cruzan el río nomás con la bendición de Dios, esos que se meten a los vagones de carga a escondidas a esperar horas, a veces todo el día hasta que al fin el tren se mueve, y ellos allí metidos, ahogándose de calor y miedo, cuando Martín me preguntó si quería irme con él no le resolví, la verdad yo no quería viajar escondida en un vagón como seguramente lo hizo mi papá a los pocos días que llegamos aquí, mi mamá se acomodó pronto en una maquila, en cambio mi papá se quejaba de que no encontraba trabajo, hasta que llegó el día que se desesperó, nos dijo que se iría más al norte, era domingo cuando se levantó decidido a irse, mi mamá y yo lo acompañamos al centro, allí quiso primero entrar a la catedral, después lo dejamos a la orilla del río con una maletita en la mano, fue la última vez que lo vimos, nomás de acordarme deso me puse triste, me dieron ganas de besarle a Martín las lagrimitas tatuadas que tenía junto al ojo izquierdo, una es de la primera vez que me trampó la ley, la otra de cuando murió mi jefa, me dijo una noche que estuvimos juntos, la telaraña que tengo en la paleta izquierda es de una apuesta que le gané a un compa muy chingón, el que perdiera le pagaba al otro un tatuaje en el mejor tátushop del chuco, cuando abrió los ojos yo tenía tanto pensamiento revuelto en la cabeza que volví a preguntarle por el de la migra, al principio dijo que no tenía importancia, pero le insistí mucho y

acabó contándome, “ese verde se llama Harris”, me dijo, “lo conozco desde hace mucho tiempo, casi desde que ando en esto, empezamos a trabajar muy bien, sin broncas, pero después ya no porque me quiso pagar cualquier baba, me pidió gente para camellar en el chuco, le pasé sirvientas, jardineros, meseros y hasta un mariachi con todo y los instrumentos, eran pa su cantón y el de sus compas, me pagaba bien, si la bronca empezó cuando crucé gente pa la pizca del chile en Nuevo México, porque también los llevé hasta las meras labores, como era más riesgo le pedí más feria, no me quiso pagar y nos bronqueamos, además ahora anda en tratos con el güey que piqué por hocicón ¿te acuerdas?, a mí nomás que me dé mi feria”, terminó de hablar y me abrazó, “no te asustes, Moni, no es la primera vez que tengo broncas con los de la migra”, nos besamos y otra vez a sentir, salimos del cuarto a tiempo pa que yo tomara el último camión que iba a la Felipe Ángeles, esa noche tardé mucho en agarrar el sueño, así me pasaba después de que me acostaba con Martín, nomás me estaba acordando del, además estaba preocupada, por fin me quedé dormida cuando decidí que ya no quería ir al otro lado, al siguiente día me colgué un collar de cuentas de colores y una bolsa de mezclilla donde metí unos pantalones pa que Martín se cambiara los shors mojados, llevaba la intención de invitarlo al cine, pero apenas llegué al malecón me llevé el tamaño susto porque alcancé a verlo entre los vagones discutiendo con el mismo hombre, creí que Martín iba a sacar la navaja, pero luego de unos minutos el otro desapareció y Martín cruzó rápidamente para el lado de acá, “¡vámonos de aquí, que soy capaz de reventarlo!” me ordenó en cuanto me vio, nos encaminamos al restorán de Mere y nos tomamos una coca, Martín se tranquilizó y yo aproveché para decirle que había cambiado de planes, a él no le pareció, dijo que iríamos a como diera lugar, para Martín era un reto, me dijo que el verde le tenía miedo

porque lo había amenazado con ponerle dedo, además su turno de vigilancia ya había terminado, él estaba seguro que ya se había largado, las razones de Martín no me convencieron, estaba arrepentida de haberlo ido a buscar, lo único que quería era desaparecer de ahí, Martín se enojó conmigo, a rastras me llevó al malecón, a empujones me subió al tubo de llanta que usaba como balsa, “¡no te muevas que es cosa de unos minutos!”, jaló el tubo despacio para que el agua no me salpicara, serían las tres de la tarde, el sol aún estaba alto, se reflejaba en el agua turbia, bajo el puente, mujeres y hombres esperaban su turno para cruzar, arriba, en el puente, otros con los dedos enganchados en el alambrado miraban a todos lados, nos miraban a Martín y a mí, a pesar del miedo que llevaba me ilusionó pensar que allá nos quedaríamos el resto del día, que íbamos a caminar por las calles de una ciudad desconocida para mí, eso me entusiasmó, miré el cielo azul, la Montaña Franklin, los edificios de colores, un cartel enorme de los cigarros camel y más abajo los vagones del tren, en ese momento escuché un disparo, ya habíamos llegado a la otra orilla, alcancé a ver que un hombre se ocultaba entre los vagones, era un hombre con el inconfundible uniforme verde, “¿qué pasa, Martín?” le pregunté paniqueada, “¡agáchate!”, gritó al mismo tiempo que se ocultaba tras el tubo, se oyó otro disparo, Martín se dobló, el agua oscura del río lo cubrió, grité aterrada, quise bajarme del tubo, pararme o hacer algo pero el miedo no me dejó, busqué auxilio con la mirada, ya no había ni un alma bajo el puente, tampoco arriba, por ningún lado, sentí que todo era lejano, los chiquillos que jugaban en las calles polvosas, mi casa, el restorán de Mere, el Hotel Sady, la catedral, su escalinata y los pordioseros, el último día que vi a mi padre, sentí un ardor intenso en los ojos, es el sol de agosto pensé, los cerré con fuerza y vi cuánto silencio arrastra el río.

La otra habitación

(Segunda mirada)

Desde la ventanilla del avión miré sorprendida el color blanuzco de los médanos, como si los viera por vez primera. Sentí un estremecimiento. Además de la belleza del desierto y de la inevitable sensación de pureza que me causaba contemplarlo, al final del viaje aterrizaría en Juárez, y pese a que mi estancia sería muy breve, lo único que realmente me inquietaba era el enfrentamiento con Alicia.

Las primeras noches fue difícil conciliar el sueño. Nuestros cuartos se comunicaban mediante una endeble puerta que me permitía escuchar las conversaciones de Cony con el visitante. Era un hotel modesto y céntrico, cercano a la notaría, que frecuentábamos Adrián y yo los primeros años, mucho antes de que llegaran los hijos, escapadas necesarias para cambiar de aires, lejos de donde fui a vivir con él, su hermana y su madre, el mismo hotel al cual años más tarde, cuando ya todo estaba perdido, volvería para convencerme de que aquello había muerto. Después entendería que eso no era lo importante, sino lo que se aprehendía por un segundo o medio siglo, pero que al final, sin posibilidad de escape, nos dejaba oscilando entre la memoria dolorosa y la cínica aceptación.

Contrariamente a mi costumbre, los días que permanecí en el hotel me levantaba tarde, trataba los asuntos notariales

después del mediodía y de regreso compraba los periódicos capitalinos para sobrevivir el resto de la tarde. Al anochecer, en el café más próximo, pasaba un par de horas con una cerveza y un sándwich, luego volvía al cuarto aliviada por haber terminado un día más de trámites. En cierta manera llevaba el horario que Cony me imponía, indirectamente, con su vida nocturna: hasta que ella agotaba sus fuerzas se abría el silencio para que abordara el sueño.

—Cony, dijiste que hoy irías conmigo. Esta tarde llegó un cargamento importante y a Lucho no le gusta esperar.

—Si quieres ve tú. Yo tuve un día pésimo, con una jaqueca terrible.

—Me lo prometiste. Tú bien sabes que me gusta que me acompañes a todos lados.

—Eres un latoso, cariño, déjame en paz.

—Cony, esto no puede esperar. ¡Anda, levántate!

—Bobo, ¿no ves que no me siento bien? Háblale y dile que mañana vamos.

—Me paso de buena gente contigo, pero eso se acabó. ¿Entiendes? ¡Se acabó!

—¡Ah! Ahora vienen las amenazas. ¿Por qué no te chispas de una buena vez?

—Corres con suerte, Cony. Tengo prisa y el asunto con Lucho es demasiado importante, ¡así que me largo!

—Roberto, cariño, ven acá, no te vayas así. ¿No ves que tu Cony ya no tiene veinte años? No seas malito y trata de entenderme.

—Vístete pronto, anda. Tenemos que recoger ese dinero con Lucho. Te espero abajo, en el bar.

Iba de la cama al tocador y del tocador a la ventana. A través del cristal repasaba una y otra vez los rótulos que alcanzaba

a ver: Woolworth, Café El Norteño, Bar Mr. Frog, Café Ideal, Bombay Dancing Club. En la calle el movimiento era incesante, el bullicio ensordecedor, pero en el cuarto Alicia y yo hacíamos largos silencios. Ninguna se decidía a hablar de una vez. La tarde que me entrevisté con ella, cuando se instaló en el sillón dispuesta a pelear, su perfume invadió la habitación. Aspirar ese aroma me llevó al recuerdo de una situación lejana en el tiempo, aquellas primeras veces cuando simulando que la clase era para los estudiantes, Fernanda se empeñaba en demostrarme la poesía que regía las leyes del universo. Tal vez tengas razón, le dije después, luchando por no quedarme en la contemplación ya no de sus ojos, sino del oscuro destello que había descubierto en su mirada. Entiendo que te apasionen los cuerpos y la relación de fuerzas entre ellos, pero yo prefiero las palabras, por ejemplo, si digo . . .

—Anamaría —oí que me llamó Alicia sacándome de un capítulo del pasado para llevarme a otro donde coincidíamos ella y yo—, escúchame, comprende lo penoso que es esto para mí. Adrián sabía que tú no la necesitabas, que con la casa que habías comprado en Monterrey te bastaría. Nunca lo concretamos legalmente porque desde que tú te fuiste su vida se volvió un completo desorden, hasta el día de su muerte.

—Desde antes lo era. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Bien, bien. No vine a discutir eso.

—Sí, lo que a ti te interesa es la propiedad. Entiendo.

—Es la casa que fue de mis padres. Además, a ti no te hace falta, y si antes no querías vivir ahí, menos lo vas a hacer ahora.

—Tienes razón en cuanto a eso. No pienso regresar a esta ciudad.

La hermana de Adrián tenía el mismo semblante que él: los ojos azules, saltones, de mirar nervioso; la boca pequeñísima en una mueca de niña mimada. Su actitud, el ritmo de sus movimientos, la modulación de su voz, todo en

ella la delataba como hija de familia, ahora venida a menos. Mientras encendía un mentolado esperé pacientemente su respuesta. Yo no tenía interés en conservar la casa, para mí sólo significaba un mal recuerdo.

—Te lo voy a plantear claramente. Sé que nunca fui de tu agrado, ni mamá tampoco. La razón no viene al caso ni siquiera mencionarla.

—De acuerdo —respondí con firmeza.

—Las cosas andan mal, por lo tanto la casa para mí sería una gran ayuda. Tal vez hipotecarla, no sé, alguna cosa se podría hacer. Desde luego, si tú estás de acuerdo.

No respondí. De nuevo fui a la ventana. Pobre Alicia, ¿dónde quedaría toda su arrogancia? ¿Cómo pudo tragarse el orgullo para venir a pedirme esto? En la acera de enfrente un hombre tocaba un acordeón. Lo había visto de cerca el día mismo de mi llegada. Tenía una bola del tamaño de una pelotita de ping pong en la mejilla derecha, cerca de la nariz, rojiza y brillante, cubierta por una piel delgadísima, como si estuviera a punto de reventar. Por unos instantes me distraje con los movimientos de sus dedos sobre las llaves, por la rapidez con que los movía supuse que tocaba una melodía muy viva.

—¿Qué me dices, Anamaría? ¿Crees que podremos llegar a un acuerdo?

Para mí estaba claro el asunto. Nunca había contado con la propiedad, ni ninguna otra cosa para mí o para nuestros hijos. No sólo su muerte había sido una sorpresa, sino enterarme además, que después de nuestra separación, Adrián había adquirido un seguro de vida en favor nuestro. Ahora Alicia reclamaba la casa y yo le concedía razón, hasta cierto punto, sin embargo no estaba dispuesta a facilitarle las cosas. Recordé a mi suegra, la mujer posesiva y dominante que les había tocado a ellos por madre. Con cuántos celos reaccionó a nuestro matrimonio. Había llegado yo a romper el triángulo amoroso, la relación perfecta entre ellas y

Adrián. Que de vez en cuando él se diera sus escapadas con diferentes mujeres era suficiente, después de todo era hombre, pero que llevara a una mujer, a su esposa, a la casa familiar, les había resultado intolerable. Un portazo me regresó al cuarto: Alicia no resistió la espera y salió furiosa.

Desde el otro lado del muro llegaban voces, ruidos y risas. Yo quería estar ahí, olvidarme de Alicia, de la casa, sobre todo de Adrián, de su muerte y mi retorno a esta ciudad híbrida, caótica, violenta y polvosa. Claro que comprendía el interés de Alicia, no la juzgaba mal por defender lo suyo, pero fui yo y no ella quien alguna vez rescató la casa de manos de los acreedores. No pensaba recordárselo. Lo único que quería era terminar con todo eso lo antes posible.

Aquella tarde detrás de Alicia salí yo, justo en el momento que Roberto cruzaba el pasillo. Supuse que venía de la habitación de Cony, a quien yo nunca había visto. Por su voz grave la imaginaba entrada en carnes, siempre vestida con colores llamativos, el cabello cayéndole a los hombros, quizá de unos cincuenta años. Cuando él pasó a mi lado me lanzó una mirada fugaz, no por eso menos escrutadora; hubiera podido describirme detalladamente. Bajamos juntos la escalera, él algunos peldaños adelante. Vestía un traje oscuro de corte vaquero, botas también vaqueras y camisa azul clara, sin corbata. El pelo castaño, abundante, le cubría las orejas. Iba muy perfumado. Cuando estuvo frente al mostrador de la administración platicó familiarmente con el empleado, el cual oía con atención y respondía con respeto, como si se dirigiera a su patrón.

—Señor Tejera —le dijo el muchacho—, ayer vino a buscarlo una persona. Lo esperó toda la tarde, me preguntó si usted vivía aquí.

—¿No te dijo su nombre?

—No quiso. Mencionó que venía de Ojinaga, que mañana salía a Chicago y que le urgía hablar con usted.

—Si vuelve a venir dile que deje su nombre. Y ya sabes, no des ninguna información.

Tejera adornaba su muñeca izquierda con una gruesa pulsera de oro, y el meñique de la otra mano con un anillo de escandalosa piedra brillante.

—Muy bien, señor. ¡Ah! y, ¿sabe? Quiero pedirle un favorcito, bueno, es para un sobrino mío que viene de Camargo; anda buscando trabajo. ¿No podría usted colocarlo en algún sitio?

—Mándalo al bar de Lucho esta noche. ¿Cómo dices que se llama?

Tejera escuchó el nombre, giró algunas instrucciones y pasó frente a mí —que los oía aburrida, mientras me abanicaba con una revista, apoltronada en un raído canapé a un lado de la puerta—, sin verme.

—¡Qué barbaridad! ¡No es necesario meterse en tantos líos! Tú manténte alejado, Bobby, por favor.

—¡Bah! No te dejes impresionar. La mitad de lo que ese mentecato dice es mentira.

—¿Estás seguro, cariño?

—¡Claro! Si tú no hubieras estado esta noche no hubiera alardeado tanto. El muy pendejo siempre quiso impresionar, sobre todo a las mujeres.

Imaginé a Cony cambiar su vestido negro por una bata ligera, también negra, imaginé que se dirigía al tocador a mirarse en el espejo mientras cepillaba su cabello, que por el timbre de su voz creí largo y ondulado, color caoba. De pronto dejé de oír a Tejera. Seguramente, pensé, nunca se quita el anillo ni la pesada esclava. Una puerta se cerró de golpe. Fui hacia la ventana, me pareció verlo pasar bajo el anuncio luminoso del hotel. Me tendí en la cama a esperar cualquier cosa, el retorno de Tejera, la visita nerviosa de Ali-

cia o, en el mejor de los casos, escuchar el tenue rumor de los pies descalzos de Cony sobre la duela. Lo que oí fue una musiquita melosa seguida por una voz atronadora que anunciaba la estación radiofónica. Después de largos minutos oí el golpe de la puerta otra vez.

—A mí no me sirvas. Bueno, un poco.

—Lo impactaste, de seguro querrá saber todo de ti. Habla y habla sin parar, inventa, se adorna el muy padrote. Es su estilo. La otra noche, después de checar el cargamento, nos metimos en un cabaretucho. Para pronto se ligó a una bailarina grandota, de piel muy blanca con cara de niña. No tendría ni dieciocho años, te lo juro. La invitó a la mesa, le compró un trago y empezó a contarle una historia totalmente falsa. Le dijo que trabajaba en Arizona piloteando un helicóptero de rescate de la Cruz Roja. La de cosas que inventó, aventuras fantásticas, toda la noche le hizo al héroe.

—Pero, sí pilotea un helicóptero, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! ¡Vamos, Cony, no seas ingenua!

—Si no es ingenuidad, lo que pasa es que tú eres un malpensado. ¿Qué te importa si me impresiona o no? Para mí nomás es un muchacho, encantador, pero un muchacho a fin de cuentas.

—Espero que no nos acarree problemas. Habla demasiado. A mí nunca me gustó de socio, se lo dije a Lucho desde el principio, y se lo voy a decir ahora. Fue un error meterlo en la fayuca de las motocicletas, ésas, las que llegaron hace un par de día por tren.

—Espera, cariño. ¿No será que estás celoso? ¿Tanto me quieres aún? Ven, acomódate cerca de mí. Mira, ese muchacho ya tiene con ustedes un año, ¿qué no? Nunca han tenido problemas con él, ¿por qué los iban a tener ahora? Olvida lo de esta noche.

—Sí, pero tú sabes cómo está dura la pasada estos días. Hay demasiada vigilancia. No sé . . . el otro día me buscó un tipo y todavía no sé quién es.

—Cariño, la fayuca siempre ha existido, de allá para acá y de aquí para allá. Si estos días hay más vigilancia será temporal. Tú lo sabes mejor que yo. Anda, Bobo, Bobito, ven aquí conmigo que me muero de sueño.

A media tarde unos nudillos nerviosos golpearon la puerta. Cuando abrí, Alicia con su cabello color paja permaneció en silencio, sin moverse. Antes de franquearle el paso advertí la expresión inquieta de sus ojos. Parecía que quien estaba ahí era el mismo Adrián. Irritada le pedí que pasara.

—¿Qué has pensado de lo que hablamos, Anamaría?
—Preguntó una vez que entró y se plantó muy erguida en medio de la habitación. Llevaba un bolso fino. Había que reconocer su buen gusto.

—Hablamos de varias cosas. Siéntate.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Encendí un cigarrillo y me coloqué en la ventana, a unos pasos del sillón donde estaba ella. Afuera los pájaros se posaban sobre los cables del tranvía en desuso. El sitio del acordeonista estaba vacío. En su lugar una niña tarahumara comía semillas de calabaza y escupía las cascaritas. A su lado las palomas confiadas picoteaban el suelo.

Me di la vuelta y miré de frente a mi cuñada.

—Me pregunto por qué razón, durante todos estos años, Adrián y tú no pusieron los papeles de la casa a tu nombre. Eras su hermana del alma. ¿Recuerdas cuando quise hacerle algunas reformas? Te opusiste. Tal como había quedado la casa después de morir tu madre debía permanecer. Adrián te apoyó a ti.

Sin esperar respuesta miré de nuevo la calle. La niña tarahumara se mantuvo quietecita para que bajaran más palomas. Luego sacudió los pies descalzos contra el pavimento para espantarlas y echó una carrera tras ellas.

—Adrián siempre creyó que volverías. El pobre nunca quiso aceptar tu engaño. Quisiera saber cómo vas a responder a tus hijos cuando sepan por qué abandonaste a su padre. ¿No piensas que puedo contarles la historia de tu adulterio? Recuerda que yo te presenté a Fernanda.

Las palabras de Alicia no me sorprendieron, sabía que ella recurriría a algo así para forzarme a cederle la propiedad. Algo que no pensaba hacer. No por mis hijos sino por mí misma. En el fondo sentía rabia y lástima por Alicia.

—No me importa lo que hagas —agregué sin apartarme de la ventana.

Alicia se puso de pie para ir al tocador. Supuse que se acomodaba el cabello mientras pensaba qué hacer. Tal vez en ese momento se dio cuenta de que yo no la iba a favorecer a pesar de un posible chantaje. Aún así tuvo el valor de pedirme la mitad de la propiedad. No le contesté, preferí mirar por la ventana. La niña corría con la cara hacia arriba; seguía el vuelo de las palomas. En el cordón de la banqueta perdió el equilibrio y cayó de boca en la calle. Su faldita quedó revuelta por encima de la cintura.

—Anamaría, por favor, no te quito nada. Ésa fue la casa de mis padres, ahí nacimos Adrián y yo. ¡No es justo que ahora tú te quedes con ella!

La niña se levantó llorosa. Llevaba la cara raspada y sangrante. Tallándose los ojos caminó hacia la esquina donde la madre tenía un tendido de yerbas. La niña se acomodó sobre los faldones de la madre, se limpió sangre y mocos con la manga de la blusa y dejó de llorar.

—Te la vendo —respondí secamente, después de sentarme en la orilla de la cama.

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a comprar algo que es mío? ¡Date cuenta que ahí nací, ahí he vivido siempre! ¡Esa casa es mía! —enfaticó poniéndose de pie nuevamente. Hacía aspavientos con los brazos mientras yo me acomodaba en el sillón que ella acababa de dejar.

—Esa casa me pertenece a mí. Además no me importa tu situación económica. De cualquier manera voy a venderla. Si tanto te interesa cómpramela.

—Puesto que no quieres llegar a un acuerdo pacífico, te advierto que la voy a pelear con abogados —dijo Alicia alzando la voz amenazante.

—Haz lo que quieras. Mira qué buena gente soy, te podría excluir de la venta y echarte así nomás, pero por ser tú la tía de mis hijos no lo voy a hacer. Te doy tres meses para que la desocupes.

Alicia tenía el rostro encendido y las sienes humedecidas. Hubiera querido echárseme encima, insultarme, pero tuvo la cordura suficiente para retirarse antes de propiciar mayor violencia. Apretó su elegante bolso de pitón y salió azotando teatralmente la puerta.

Las voces de la otra habitación se apagaban. Los ruidos de la calle, inagotables, pasaban de la noche al día. Yo, en vela, desde la ventana contemplaba la ciudad cobijada por el leve resplandor del amanecer. El desamparo que respiraba en aquel cuarto de hotel en la madrugada crecía. De cualquier manera no me estaba permitido el autoengaño. Conocía de sobra mis altibajos emocionales para dejarme sorprender por la tristeza que empezaba a ocuparme el cuerpo, tal vez la proximidad de la regla, los síntomas premenopáusicos o la migraña que me martillaba la memoria. Todo se mezclaba en la historia de los abandonos.

Para las horas muertas de la tarde había llevado conmigo un largo poema para traducir. Era un placentero ejercicio que yo misma me había impuesto. Me agradaba buscar la palabra más cercana, cuidar su ritmo, su sonoridad y todo lo que implicaba trasladar el mundo que encierran las palabras —el mundo de otros— a mi propia circunstancia. En mi caso era un delicioso y cobarde gesto.

En tu cama estrecha trazaste un enigma, un garabato más ancho que mi pelvis. Eras pequeña y honda como la urna de mi muerta, limpia y blanca como la niña que creo mi hija, bañada antes de dormir. Siguiendo el derrotero de mis pasos vine con un reguero de cenizas tras de mí. La hora me llegó frente a una botella verde de olivos. Mi padre se acercó a dictarme la sentencia: sería colgada al amanecer: los doctores que charlaban ceñudos apoyaron su deseo. Sé que me pudro y necesito dormir un rato sobre esta mesa de mármol. Si tú no eres mi muerta por qué madrugas en este sueño que urdo con los ojos abiertos. El cargamento pesa y pienso descansar los huesos a un lado de tu cama estrecha. (Una mirada más oscura que la otra me abrazó, un cuerpo más liviano me contuvo). La siguiente mañana estaba entre nosotras —mi verdugo en el patíbulo esperaba perdida la paciencia—, en cuclillas sobre mi cuerpo cantabas una canción que componías delirante, húmeda tu garganta vibró. Nutre este río que se agosta bajo el puente. El rosado salmón emprendía el viaje.

Con el paso de los días advertí sin embargo, que cuando podía continuar la traducción prefería escuchar a Cony y las historias de Tejera. Era una manera de alejar la desolación que empezaba a anidarse en los rincones del cuarto. Inventar una mujer a quien perteneciera la voz que me desvelaba me causaba a un tiempo placer e inquietud. La seguía en cada paso, cada silencio, cada palabra en sus largas y agitadas noches de amor con Tejera. Así, hasta que el día aclaraba por completo, me deslizaba por el tobogán del

sueño entre rostros y frases que me hostigaban por uno y otro lado. Finalmente el cansancio me vencía.

Bajaba al lobby para sentirme acompañada de los huéspedes que transitaban por ahí, principalmente gente de campo que llegaba a tramitar papeles de migración. En ocasiones entraba a beber agua mineral al bar. Recordaba los días de Adrián, cuando una joven adolescente cantaba viejas canciones de amor, la misma que años después, a mi regreso con Fernanda, seguía ahí, la mujer que más tarde llegaría acompañada de Tejera. Cuando los vi cruzar el lobby me di cuenta que había fallado en todo. Cony apenas pasaría los treinta años, pero ya no había rastro de su esbeltez juvenil. Verla de nuevo, saber que era la dueña de la voz que yo escuchaba en las noches me agradó. Era una mujer atractiva de rostro anguloso y cabello negrísimo cortado al estilo paje.

Cony y Tejera subieron la escalera de prisa. Yo salí a cumplir con la rutina que llevaba esos días. A mi vuelta, en el cuarto leí los periódicos desconcentrada, sobre todo por la atención que me reclamaban las voces del otro lado del muro. Haber descubierto la identidad de Cony me situaba en un plano diferente, ya no se trataba de imaginarla a ella, o adivinar sus movimientos en el reducido espacio de un cuarto de hotel: ahora quería encontrar sentido a sus palabras tan sólo con la inflexión de su voz; descubrir su capacidad de entrega.

—Esta noche salgo a Chicago.

—Te voy a extrañar, Bobo.

—Y yo a ti.

—Ven, acércate . . . abrázame fuerte. Quiero que sientas mucho a tu Cony.

—Y yo quiero decirte algo que no te había dicho.

—¿Un secreto? Soy toda oídos.

—Tengo miedo de morir, Cony. Cada vez que me alejo de ti pienso que ya no voy a volverte a ver.

—Anda, no seas tonto, Bobito.

—De veras, Cony. No estoy jugando.

—A ver, explícame cómo te sientes.

—Tengo miedo.

—¿De morir? No seas ridículo, Bobby, lo que tú haces no cobra vidas.

—Lo sé, pero eso es lo que siento y no es por lo que hago.

—En cambio yo creo que viviré muchos años más.

—Eso es lo que me puede Cony, que si me muero tú te quedas aquí gozándola.

—Ahora eres tú el que juega. Yo también te hablo en serio.

—Tengo la corazonada de que algo va a suceder, Cony. Es como si algo me dijera que tu vida y la mía van a cambiar.

—No digas sandeces, cariño. ¿Cómo va a ser eso?

—Te digo que la muerte.

—La muerte reviste muchas formas.

—Puede que sí, pero yo te hablo de una muy concreta.

—Si es así como te sientes quiero que esta noche te vayas con la certeza de que te he dado todo, que te he entregado todo lo que soy.

Una de las últimas tardes que pasé en el hotel, en mi habitación encontré a la chica del aseo. Tenía la puerta que separaba mi cuarto del de Cony abierta. Sobre la cama Cony planchaba un vestido mientras platicaba con la chica, que en cuanto me vio trató de cerrar la puerta, lo cual impedí con un ademán. —No me molesta, —agregué, y saqué el veliz y la ropa del clóset. Empaqué rápidamente, luego bajé a revisar la cuenta y a hacer algunas compras de última hora. Cuando regresé la camarista ya se había marchado.

—Perdón —dije dirigiéndome a Cony—, voy a cerrar la puerta.

—¡Ah! Sí, adelante. Espere, ¿tendría por casualidad un hilo blanco? Quisiera reforzar unos botones, pero tengo pereza salir a comprarlo y no me gustaría retrasar más la hora de salida de Rita, la chica de la limpieza.

Mientras buscaba lo que me pidió, ella permaneció de pie en la puerta. Yo podía sentir su mirada sobre mí.

—Gracias —me dijo cuando le obsequié el costurero de viaje que cargaba en el neceser—. Quédese un momento conmigo, —agregó amablemente—. ¿Desea beber algo?

Me senté en una de las poltronas de terciopelo rojo que estaba a un lado de la ventana. Su habitación era muy diferente a la mía, los muebles eran más confortables, más vistosos también, la pequeña mesa circular estaba cubierta con un cursi mantelito de flores y sobre el tocador había, además de una botella de whiskey y otra de brandy, frascos de diferentes colonias, una caja con pinturas para los ojos y una veladora en un vaso alto. A un lado del espejo, en la pared, Cony exhibía un retrato de ella al óleo pintado por algún panillero, de los que abundaban en la zona.

—Usted es la cantante, —dije torpemente, pues no pensé que se daría una situación así, me había conformado con sólo escuchar una voz. También expliqué cuándo la había conocido, incluso las circunstancias. Creí que ya eran suficientes las veces que la había escuchado platicar con Tejera como para abordarla con cierta familiaridad.

—¿Qué la trajo de nuevo acá? Bueno, espero no ser indiscreta. Pero antes déjeme decirle que la veo un poco sombría. Tal vez le haga bien hablar con alguien, —me dijo cálidamente.

Cony acomodó la ropa que acababa de planchar en los cajones del armario. Tiró las colillas de los ceniceros y ordenó la fruta de un frutero que había sobre el buró y que

cambió a la mesa. Después se sentó en el otro sillón, dio un trago a su copa de brandy y se preparó para escuchar lo que yo estuviera dispuesta a decir. Empecé por contarle los pormenores del pleito con mi cuñada.

—Hizo muy bien en cuidar el patrimonio de sus hijos. Pero, ¿no cree que siendo la casa tan grande, como usted me cuenta, debió compartir algo con su cuñada? No crea que siento lástima por ella. Una mujer tan decidida como la que usted describe no la merece, lo digo por aquello de llevar la fiesta en paz. Después de todo, ella también es su familia.

Le hablé de mi matrimonio con Adrián, de nuestro desencuentro, en fin, le conté una historia que nada tenía de original. —No es que todo marchara tan mal, —expliqué al final del relato no sé por qué motivo, como si tratara de justificar la imagen que yo misma acababa de pintar. Quise aclarar lo que había dicho, pero Cony me interrumpió.

—Querida —dijo en voz baja, en un tono más seductor que cómplice—, todos los hombres son unos niños, ¿cómo es que aún no lo sabe?

Conversamos largamente como sólo ocurre entre extrañas. Atentas al relato ajeno reconocimos una en la otra nuestra propia condición. Hablamos también de mis hijos y luego ella me contó la historia de su embarazo.

—Reproches, insultos, amenazas, de todo me dijo, pero nada me hizo cambiar de parecer. Imagínese, una mañana salí muy temprano decidida a abortar. Crucé el puente y me interné en una clínica, en El Paso. Ese mismo día en la noche regresé. Roberto me estaba esperando. No me creía capaz de lo que hice, así que cuando se lo dije se marchó para no volver. Mentira, a los tres días estaba de regreso. En ocasiones los hombres pueden ser muy necios.

—Y muy egoístas —agregué—. ¿Para qué tener un hijo que usted no deseaba?

—Mi pobre Bobo creía que de esa manera me ataba para siempre a su vida. Hubiéramos cometido un grave error. Lo mío es cantar —sentenció con el acento de una mujer plena.

—En efecto, los hijos son un lazo de por vida. Aunque, al final, cuando se quiere romper ellos son lo que menos importa. —Lo dije mientras Cony fijaba su mirada en la mía como si hubiera descubierto algo. Me sentí incómoda, pero resistí el escrutinio. Luego se acercó a mí y posó el índice sobre mi barbilla, hizo un mohín con los labios, aún sin bilé, como se hace para besar y observó, —Hay mucha amargura en sus ojos. Voy a serle sincera, no me gustaría verme como usted.

—Cony, usted como cualquier mujer enamorada cree en la felicidad. Pero no se engañe, yo también creo en ella.

Cuando oí lo que dije, la llaneza de mis propias palabras me sorprendió. Habían salido de otra parte de mí, de un espacio de silencios; de un lugar que me negaba a abrir.

Un llanto rebotaba en la soledad de los muros. Llamaba a su madre una niña, tras ella iba por un sendero fangoso, temía manchar sus botitas blancas. Corría, gritaba ciega la muchacha entre los pinos del bosque. Tensaba en su carrera loca los días. La muerte esperaba embozada en la otra orilla. En la hora madura de la noche, la entraña de una mujer amada rezumaba su deseo. La entrega perpetua era un juramento. Las palabras tejían una enredadera; su aliento preñaba el aire de la habitación sellada. En el fondo de la memoria rodaban las cuentas del lazo nupcial.

—Me dejas al último, como siempre.

Busqué a Mamá cuando ya estaba cercana mi partida, de otra manera hubiera tenido que visitarla varias veces. Encontré la casa cerrada. El candado en la reja y el descuido del jardincillo me angustió. Un negro pensamiento me

asaltó; lamenté no haberla buscado antes, o tan sólo haberla llamado. Con el corazón contrito esperé, de momento era lo único por hacer. Al rato la vi venir por la acera, además de su bolso de mano cargaba una Biblia y un paquete de café. Me alegró verla caminar con firmeza, con la misma gracia que yo le conocía.

—Ya te expliqué, Mamá. He andado muy ocupada. Tú sabes que no sería capaz de venir a Juárez y no visitarte.

—Eso no lo sé, respondió enfática. Has sido una hija ingrata.

Oír esa acusación una vez más me irritó. Estuve a punto de soltarle yo también algunos reproches, pero traté de calmarme, pues eso nos hubiera llevado a una discusión muy amarga.

—Mamá, Mamá, ¿por qué no dejas de quejarte? Toda la vida he oído esas lamentaciones.

—Ya ves cómo no soportas a tu madre. Por eso no viniste antes.

—No es eso, Mamá. Me enfada oírte decir siempre lo mismo. Te puedo decir lo que sigue de aquí.

Estábamos sentadas en la mesa de la cocina, a Mamá le gustaba el café fuerte, lo compraba en grano y lo molía ella misma. Rítmicamente daba vueltas a la manivela del molinillo, que chirriaba cada vez que cumplía una rotación. Esa mañana, después de un rato, la actitud de Mamá y el ruido del artefacto terminaron por descomponerme el ánimo, por eso la agredí con una pregunta que resumía el asunto de una de nuestras acostumbradas peleas.

—¿No sabes que pudiste hacer otra cosa con tu vida?

Ella, que siempre me sorprendía con el coraje que infligía a sus respuestas, apenas y detuvo un momento su tarea. Yo hubiera querido herirla de verdad, dejarla callada y largarme, pero Mamá era más fuerte que yo.

—Y tú, ¿qué hiciste con la tuya? Dejaste a Adrián, luego Fernanda te abandonó a ti, y sabrá Dios que más habrás hecho. El caso es que ahora estás sola. Sola, como yo.

Mamá se puso de pie y vació el agua caliente y el polvo en su cafetera de vidrio.

—No es verdad. Mi vida es muy diferente a la tuya. Yo tengo otros intereses, en cambio tú nunca supiste vivir sin Papá. Por eso te sientes sola, por eso te refugiaste en la religión. Admítelo.

Mamá dejó reposar el líquido oscuro unos segundos más, luego empujó lentamente el émbolo al fondo del recipiente y enseguida sirvió el café.

—Estoy sola porque a mí también me abandonaste —me respondió con mucha calma cuando de nuevo estuvo sentada frente a mí. Además me echó unos ojos como si el mundo estuviera de su parte.

—Afortunadamente —respondí con sorna, lo pude hacer. Me tenías harta con tus confidencias, tus achaques y tus manipulaciones. Que si la infidelidad, los celos, el desinterés, qué se yo. No te agradezco que me hayas tomado de confidente.

—¿Y qué podía hacer? Tú eras lo único que me quedaba.

—Sí, pero mandaste al carajo nuestra relación, Mamá. Te creía perfecta; sin culpa.

—¿Qué injusta has sido conmigo! ¿Y cuál fue mi culpa? ¿Haber sido una esposa devota? ¿Haber vivido pendiente de él, lista para satisfacer todas sus necesidades?

Mamá no se alteraba, después de todo nada nuevo nos decíamos. ¿Cuántas veces habíamos discutido lo mismo? Más de lo que yo podía aguantar.

—Y ya ves —continuó—, al final de todos modos se fue. ¿Crees que para mí era posible encontrar a otro hombre?

Sentí compasión por Mamá. Entendía bien cuál era la causa de su amargura, el origen de sus quejas. El sacramen-

to del matrimonio, la familia, el miedo, el qué dirán y toda la basura que no logró sacudirse. La compadecía, pero también le tenía coraje.

—Ésa fue tu culpa, Mamá. Haber vivido como un satélite de Papá —respondí con rabia.

—¡Qué dura eres, Anamaría! Pero no veo que tú te encuentres mejor que yo.

Mi madre gozaba diciéndome esas palabras. Era su manera de vengarse de lo que ella llamaba mi ingratitud. —Ahora no lo ves porque aún eres joven, espera a que sientas el peso de los años. Ya te darás cuenta que desde ahí todo se ve diferente —sentenció.

—Hace tiempo que veo las cosas de otra manera. A ti, tus confidencias, tus manipulaciones. Para mí tú ya no eres la misma. Recuerda que yo nada más soy tu hija.

Fue entonces cuando mi madre se cubrió la cara y lloró. Tenía las manos grandes, bien formadas, perfectas; la suave piel rociada por innumerables pecas; las uñas limadas y esmaltadas. Sollozaba como una niña, y como sucedía siempre, me arrepentí de tratarla con aspereza. Mamá me había vencido. La abracé, le dije que la quería y la consolé como hacía yo con mi propia hija.

Salimos a la calle. El calor de la noche nos recibió con un lengüetazo húmedo y pegajoso. Caminamos algunas cuadras hacia el norte. Cuando llegamos, a un lado de la puerta un anuncio luminoso ostentaba esta leyenda al pie de una fotografía: "Cony Vélez, la voz que enamora". El sitio era amplio, fresco y penumbroso. Había cierto lujo envejecido. En el centro se encontraba un piano de cola y en torno suyo una barra con bancos acojinados. El pianista, un hombre muy pálido de cutis erosionado por el acné, llevaba saco y corbata color melocotón. La música fluía envolvente, los noctámbulos cantaban canciones melosas mientras Cony,

muy cerca del pianista, daba sorbitos espaciados a su copa de brandy. Él continuamente la buscaba con los ojos.

En el baño oriné casi de pie sobre el retrete, después me lavé las manos meticulosamente. Antes de salir me retoqué el maquillaje. Cuando me vi en el espejo descubrí que a pesar de las marcadas arrugas que me cruzaban la frente, mi semblante era más ligero que mi ánimo. Al regreso encontré el lugar de Cony vacío. Estaba sentada bajo la débil bombilla que iluminaba uno de los rincones del bar; jugaba con un encendedor que sostenía en la mano mientras charlaba. Me agradó la claridad con que podía ver su perfil; el trazo definido de la nariz y la barbilla; el ángulo preciso de la mandíbula. De frente Cony era otra. La palidez de su rostro y las cejas despobladas, en momentos daban a su cara la impresión de ser un boceto hecho por un dibujante que sólo le hubiera iluminado la boca. Una boca de labios delgados, una boca muy roja.

Cuando Cony volvió a mi lado, uno de aquellos hombres con los que conversaba ocupó de nuevo su lugar bajo la lucecilla de la esquina. Todo en él se daba en exceso: la papada, la barriga, la calvicie.

—Son viejos amigos de Roberto. A ellas no las conozco. El gordo algunas veces lo busca en el hotel, tal vez lo hayas visto antes.

El hombre del que hablaba Cony abrazaba a una mujer de pelo platinado, de vez en cuando se inclinaba sobre ella como si la quisiera besar sin lograrlo.

—El otro tipo —aclaró Cony— es el dueño de un cafetín, El Norteño.

Ése era un hombre que acicalaba un bigotito a la Clark Gable. Tenía el cabello envaselinado y paseaba un picadientes de un lado a otro de la boca; lo trozaba y sacaba uno nuevo del paquetito de celofán. Él y su acompañante, que continuamente se llevaba una mano al pecho para jugar con los dos hilos de perlas, apenas se hablaban. Cuando el gordo

soltaba a la platinada, él y Clark Gable platicaban y reían a carcajadas. Las mujeres sólo intercambiaban miradas.

Más tarde, una mujer madura vestida de verde, medias y zapatos verdes, tomó el micrófono; interpretó un bolero demasiado sentimental. Peinaba su pelo al estilo de los años cincuenta, un chongo de gajos sujeto con laca. Después le cedió el micrófono a Cony. Era su turno. El lugar empezaba a animarse hacia la medianoche, cuando ella cantaba canciones de María Luisa Landín y Agustín Lara. Los parroquianos que llegaban permanecían de pie; esperaban pacientemente que desocuparan las mesas. Cony tocaba a hombres y mujeres con su voz acerina. Seducir era su vocación, cantar una modalidad. Yo, el pianista y los demás nos entregábamos a ella.

Desde la ventana, torreón seguro, veía arder en el horizonte los restos del día. La hermana de Adrián había vuelto en el último intento por obtener la propiedad. Poco después era tan sólo una embarcación que huía, que se alejaba rápida, derrotada y garbosa por la acera de enfrente. Bajo el brazo izquierdo sujetaba su bolso; el otro brazo como una espadilla la impulsaba.

En la otra habitación Cony me esperaba. La vida se renovaba. La melodía del acordeón se mezclaba con el fragor del mundo. Algunas monedas caían en el sombrero a los pies del músico. Hacia el poniente la catedral soltaba las campanas. Los fieles a misa. Detrás del campanario el desierto devoraba una naranja en llamas. El templo metodista abría sus puertas. Los cholos buscaban sus guaridas cercanas a las vías del tren. Las indígenas recogían sus tendidos de yerbas y dulces. Los gringos cruzaban los puentes para beberse la noche. Los acantonados en Fort Bliss buscaban amoríos en el Callejón Sucre.

Las hilanderas

a Choco

Las moscas revolotean sobre las rodillas de la niña. Fátima las espanta con displicencia, sabe que no las puede alejar. Manuela piensa en la tardanza del tren mientras anuda el cordón que sirve de cerrojo en la petaquilla de lámina negra. En la estación agosto cala más. Los rayos del sol atraviesan las ventanas sin vidrio, permiten ver el polvillo fino que se desprende de las paredes descascaradas; se le meten a la mujer por debajo de la ancha falda de popelina azul y le provocan el sudor que pega la tela a sus muslos. “Fátima —le ordena a la niña sin verla—, ve a preguntar cuánto tiempo más tardará el tren. Esto parece una hoguera”.

La niña camina hacia la mesa donde venden los boletos, pregunta y se regresa seguida por el vuelo tenaz de los insectos. El hombre la ve retirarse, levanta con la uña una astilla del filo del mostrador y se la mete en la boca. “. . . o puede ser que más tarde”, le grita cuando ella va de regreso. Fátima voltea y su mirada se fija en los círculos que manchan la camisa del hombre en las axilas.

Son las doce del día. Todos esperan. Unos la partida por el único camino que conduce a geografías diferentes; otros la llegada de alguna carta o del periódico de la ciudad.

Manuela detiene la vista en el punto lejano donde los rieles se juntan. A ratos se entretiene contando los durmientes que alcanza a ver, pero hay momentos en que parece hablarle a la niña, aún cuando sólo ella sabe lo que dice. No le importa si Fátima la oye o no. Pero la atención de la niña ahora se encuentra en otra parte; observa la gesticulación del vendedor de boletos: extiende los labios, se acomoda la lengua tras los dientes y escupe la astilla con la intención de meterla en una lata de sardinas que él ha colocado para ese fin a unos cuantos pasos de distancia.

Fátima cuenta seis trocitos de madera y siete con el que acaba de lanzar. Todas las veces falla y los dispersa por el suelo.

El tren llega cuando las astillas forman pequeños montículos dispersos alrededor de la lata. Las dos mujeres lo abordan. Manuela ocupa un asiento en la sombra para refrescarse las carnes, mas pronto calienta el hule y empieza a murmurar quejas que Fátima, acostumbrada a escuchar las murmuraciones de su madre, ignora.

Cuando el tren avanza Fátima busca al hombre de la camisa sudada, pero su vista encuentra el muro amarillento de la estación. A escasa velocidad la máquina bordea el caserío. Desde lejos, las casas se parecen a las crucecitas que su madre bordaba en los manteles de la gringa. En aquella casa primero era el aseo diario, y en los ratos libres la costura, para que nos aceptara a las dos.

Llegamos a El Paso al término de mi infancia, cuando los senos empezaban a despuntar bajo mi blusa. Nadie me lo dijo, pero creí que así me parecería a mi madre, que eso nos acercaría. No fue así. Ella siguió habitando su mundo de voces. Hablaba para sí misma mientras yo crecía solitaria en aquellos corredores ajenos, entre los muebles que las dos bruñíamos a diario con aceites aromados.

Mi madre era una hilandera que conducía la rueca de los días por un cauce inalterable. Marzo era para ella igual que octubre, el verano semejante al invierno. El transcurso del tiempo o las cosas que lo llenaban carecían de valor. Darle sentido a su vida era escuchar las voces que la inundaban.

Muchas veces le pregunté por qué habíamos salido de Malavid. Si para mí el único cambio palpable eran las agotadoras jornadas de trabajo en el bien cuidado caserón de la patrona. Era inútil, me daba alguna explicación a medias, alguna razón que yo no comprendía. Todo envuelto en voces y misterio.

Una mañana inesperada para mí, me dejó encargada con la patrona. La nebulosa que aureolaba su cabeza se desvaneció para dar paso a una mujer clara y firme. Su pesado y redondo cuerpo se aligeró con la luz de las ocho del día. Como si en ese momento hubiera develado un misterio, su acento perdió gravidez sólo para decirme: "Pórtate bien. Obedece a la señora en todo, que no tenga queja de tí".

Oí sus palabras con esa modulación que todavía arde en mi memoria. Aún antes de partir me dio algunas instrucciones sobre el aseo de la casa. Mientras hablaba, parecía que buscaba algo en un punto lejano, siempre fuera de mí. Por eso cuando viene a mi memoria únicamente recuerdo su voz, porque sus ojos nunca se detuvieron en los míos.

La vi alejarse, caminaba apurada por el viento a lo largo de la calle. Llevaba su vieja petaquilla de lámina más vacía que cuando llegamos. Agitaba la cabeza levemente, como si acomodara el vocerío que cargaba. "Madre", la llamé en voz alta desde el fondo del hoyo oscuro y blando donde quedé.

Después de esa mañana yo tomé su lugar en la casa. Por las mañanas salía del sueño delgada y anhelante como si saliera al encuentro de mí misma. Primero, tomaba café con leche en la mesa del servicio, enseguida me abría paso durante la jornada, lentamente, como si cruzara un pantano.

Los días eran largos y tediosos, mas nunca alteré el ritmo del quehacer doméstico que mi madre había impuesto. Entonces era yo quien tejía el transcurso de las horas en las habitaciones silentes de la casona.

Al paso del tiempo mi vida tomó el curso que correspondía a una joven como yo. Conocí a otras muchachas que servían en las casas vecinas. Con ellas empecé a salir, a conocer un poco de las dos ciudades, ahora desdibujadas en mi memoria. Algunos domingos por la mañana, después de acomodar los platos del desayuno en la máquina, me reunía con ellas. Tomábamos un camión que bajaba al centro. Recorríamos de prisa las calles desiertas y cruzábamos el puente Santa Fe, sobre el río fangoso, flanqueado siempre por las patrullas verdes.

Tan pronto como entrábamos a Juárez sentíamos el pulso de una ciudad despierta. Mis acompañantes caminaban ligeras en la densidad de un día colmado de ruidos y de gente. El aire se cargaba del olor que despedían los carromatos con comidas y de los humores de los cuerpos agitados. Así se sucedieron mis domingos: por la mañana ir de una ciudad a otra, ver una película y comer frituras en la calle; al anochecer, cruzar temerosa el río para tomar de nuevo la rueca de los días.

Sólo una vez recibí carta de mi madre. Me decía que estaba bien y me recomendaba que permaneciera en la casa. Aquí no tienes nada, me insistió. ¿Y en El Paso? Un pobre salario, un cuarto con baño y una televisión prestada. Nada me pertenecía, salvo la zozobra de ser cazada en cualquier momento.

Para hacer tiempo, uno de aquellos domingos, las muchachas y yo paseábamos por las calles cercanas al puente, pues las patronas nos esperaban a cierta hora y lugar acordados previamente. Ese día el río corría muy bajo, lo cruzamos fácilmente y nos encaminamos al sitio donde nos iban a recoger, pero una cuadra antes de llegar nos detu-

vieron y nos llevaron a una celda donde pasamos la noche. A mí no me importó. Las demás gritaban maldiciones para sacar el coraje. Más que miedo sentía cansancio y pronto me quedé dormida en un rincón.

Al amanecer nos llevaron al puente. Los oficiales estuvieron ahí hasta que nos vieron desaparecer en el lado mexicano. Íbamos risueñas y hambrientas. Desayunamos con calma en el café de los domingos, El Norteño, ya sin los desvelados de la noche anterior. Dejamos pasar las horas de la mañana sin prisa, luego regresamos al río para cruzar otra vez y las que fueran necesarias. Cuando llegan a la orilla Fátima se ve reflejada en el agua como el primer día, cuando cruza llevada por Manuela. El espejo del tiempo le regresa la imagen de una niña de la mano de su madre. Las muchachas se adelantan, van con las faldas remangadas, tantean a cada paso el fondo lodoso. Alcanzan el otro lado del río, le gritan para que las siga: “¡Órale! ¡Fátima, cruza! ¡Apúrate! ¡Ahi vienen!” Fátima oye sus voces como si vinieran desde muy lejos rodando por un túnel. Luego pierde de vista a las muchachas. A sus pies, el agua del río fluye lentamente.

Al otro día, cuando está de regreso en la estación de Malavid, siente de golpe que Manuela está muerta. Adentro, en medio de los cuatro muros golpeados por la resolana, sabe que Fátima, la niña de las piernas chorreadas, se ha quedado ahí con su cortejo de moscas. Comprende que su partida, la patrona, su casa y las dos ciudades son fragmentos de un sueño del que apenas despierta.

Detrás de una mesa desportillada, abatido por el sopor de la tarde, un hombre con la camisa manchada de sudor y polvo dormita con la cabeza hundida en el pecho. Antes de seguir su camino Fátima alcanza a ver un hilo de baba que le saca una astilla de la boca.

Paisaje en verano

1

—Parece que va a estallar —le comentó Cecilia a la Gorda Molinar.

La música bullía en sus oídos cuando Cecilia y su amiga salieron a la calle. Antes de emprender el camino lanzó un vistazo al café estudiantil donde Daniel se empeñaba en perfeccionar las diferentes formas de exhalar el humo del cigarrillo: de marinero, de vuelta y media y otras. Por quinta vez esa mañana, la rockola tocó el éxito del momento, “Let it be.” Cecilia gozaba la disciplina relajada que permitía a sus compañeras pintarse las uñas de colores y a los muchachos maldecir en voz alta y atreverse a desafiar las órdenes de los profesores.

Lo mejor era ya nunca tener que subirse al transporte del colegio, soportar la mixtura de olores matutinos que le revolvió el estómago: el betún fresco de los choclos del uniforme, el almidón de los cuellos blancos, el cuero de las mochilas, la goma que mantenía el pelo indómito en su lugar, el serrín de los lápices recién afilados y el tufo a huevo con plátano que despedían los alientos infantiles. Aquello era sólo el recuerdo del mundo que Cecilia acababa de dejar. No definitivamente, pues aún había algo que la incomodaba y que nada más ella sabía.

Las dos amigas caminaron hacia la avenida Insurgentes, cruzaron los jardines escampados del parque Borunda, por donde paseaban las parvadas de estudiantes. La Gorda dobló en la callecilla que la llevaba a la colonia Burócratas y Cecilia caminó sola las cuadras que faltaban para llegar a su casa, en Las Palmas. Ajena al ruidoso tráfico de carros y caminantes, la solitaria caminata se transformaba en una travesía imaginaria:

La señora Quintela, comadrona en un pueblo remoto, cruzababa el umbral de una pobre vivienda. Una mujer pálida y sudorosa que continuamente se humedecía con la lengua los labios reseca, acostada en un camastro de madera, sentía que empezaba a derramar los fluidos del alumbramiento. Horas más tarde, en las manos de la comadrona, el recién nacido se apagaba. De inmediato ordenaba traer dos palanganas, una con agua fría y otra con agua caliente. La mirada incierta de la madre seguía los movimientos de la señora Quintela, quien con el corazón puesto en el oficio, sumergía el cuerpo inerte del niño en una palangana y luego en la otra . . .

En su casa Cecilia encontró a sus padres enzarzados en un pleito viciado; escuchó el eterno reclamo de su madre —las ausencias y la infidelidad del padre—, mientras él esgrimía como defensa que invertía mucho tiempo empeñado en proporcionar un nivel económico decoroso a su familia. Cecilia los observó unos segundos antes de subir a su cuarto y tratar de olvidarlos. Por obra de su madre encontró su espacio en orden y limpio; lejos de complacerla, su abnegación le dio rabia. En esos momentos, al calor de la discusión, la madre estalló en un llanto histérico que se coló por el cerrojo de la puerta. Cecilia se tapó las orejas con las manos, cerró los ojos y por segundos vio a la señora Quintela bañada en sudor, con el niño en los brazos. Luego tomó del buró

la novela que leía en las noches y se echó sobre la cama con los zapatos puestos.

Cuando la casa recobró el silencio habitual, ya Cecilia navegaba en la corriente de la duermevela, oía el chasquido del agua cada vez que el cuerpecito del niño entraba en una palangana diferente.

2

El vetusto edificio de la Secundaria del Parque —como llamaban los juarenses a esa construcción ocrácea sitiada por la espesa fronda de álamos añosos— no tenía refrigeración. Los alumnos permanecían frescos, con la ropa planchada y olorosa a almidón durante los primeros minutos del día; para la media mañana el intenso calor de junio y el resuello de cincuenta almas aglutinadas en un salón de medianas proporciones, obligaba a los muchachos a deshacerse el nudo de la corbata, a desabotonarse la camisa. Las mujeres en cambio, sólo podían abanicarse o secarse modestamente el sudor de las sienes.

Ese jueves Cecilia llevó un guiñol para mofarse de los profesores con la Gorda Molinar, que apenas lo vio se apoderó de él hasta unos minutos antes de que entrara la maestra de español; fue entonces cuando lo lanzó hacia arriba aunado al grito “¡Ahí va la profa Díaz!” Un compañero lo atrapó y se lo lanzó a otro, éste a otro más y a otro. Cuando la Díaz llegó al aula, encontró al grupo ruidosamente animado con algo muy parecido a un partido de rugby.

—¡Jóvenes! ¿Qué desorden es este? —Gritó enérgicamente al tiempo que el grupo completo se reinstalaba en su lugar, desinteresado en el destino del guiñol, que fue a caer exánime a los pies de Cecilia. Al escuchar la pregunta, ella creyó su deber dar una explicación y se puso de pie.

—El guiñol es mío . . .

—¡Salga inmediatamente del salón! —ordenó la señora Díaz sin consentir mayores detalles. Cecilia no imaginó que esto podría ocurrirle. Cuando los profesores expulsaban a otros ella sufría también el bochorno, pero ahora no se trataba de los demás, era ella quien debía retirarse, caminar veinte pasos al frente y cinco más a su derecha para franquear la puerta. El grupo permaneció en silencio. Nadie salió en su defensa. En ese momento Cecilia se percató de su error, de su inocencia, de su propia ridiculez, así como estaba, de pie, con su blusa blanca, inmaculada, dispuesta a ofrecer una explicación y una disculpa, gestos inútiles para una autoridad sorda, intolerante. Con la boca seca por la frustración se apresuró a recoger sus útiles y salió.

En lugar de esperar el inicio de la siguiente clase decidió recorrer las calles del centro, donde el mundo, el verdadero, según su joven percepción, no estaba regido por ley o autoridad alguna que le impidiera sentirse libre; ir a todas partes para observar todo a sus anchas, para imaginar el esfuerzo de su personaje en el alumbramiento, la angustia de su rostro, la lucha del cuerpo por arrojar una nueva vida, las piernas abiertas . . . Animada por la decisión que había tomado echó a andar por la avenida Dieciséis de Septiembre. Ocupadas por viejos caserones de augusta fachada, las primeras cuadras sólo le ofrecían la soledad de sus jardines acicalados, o cuando más, una fuente con pececillos de colores, muertos de tedio en su círculo de azulejos. A medida que se alejaba del edificio de la secundaria las calles se tornaban excitantes, ruidosas: prometedoras. Fue hasta el momento que cruzó la calle Cinco de Mayo —punto donde en la ciudad se demarcaba el oriente del poniente—, cuando en verdad se sintió dueña de sus pasos.

Después de varias horas de deambular, con la gravedad de sus doce años a cuestas, por calles y plazas llegó a una callejuela estrecha y animada próxima al puente. Ahí estaba

El Norteño, con su llamativa fachada azul turquesa y sus letras de neón que se encendían intermitentemente. Recordó que ése era el sitio del que le había hablado Rosita, la señora que iba a su casa los lunes a planchar. “Ese lugar nunca cierra, allí se va a comer menudo después de beber, en las horas de la madrugada”. Sin dudarle un segundo franqueó la pesada puerta de vidrio, pero antes depositó una moneda en la mano del ciego que pedía limosna en la entrada del café. No por compasión sino por el simple deseo de rozar la piel del hombre sin ser vista por él. Cecilia se entregó a la algazara de los gachupines que jugaban dominó, a la voracidad de los hambrientos, a la mirada oblicua de los trasnochados, a la mano extendida de los mendicantes que se acercaban hasta las mesas, a la desesperanza de los deportados. Quería agotar el mundo en un día. Desde su banco en la barra, contemplaba el espectáculo humano mientras paladeaba la canela en la espuma de un capuchino. De pronto sintió una mano firme sobre el hombro. Tenía junto a ella un cuerpo de abdomen y pecho prominentes, de cabeza chica, pelo muy corto y apelmazado.

—Dame un cigarro —ordenó sin retirar la mano del hombro de Cecilia; en la otra sostenía una vara larga a guisa de bordón.

—No tengo, señora —respondió la niña correctamente.

—No soy señora —replicó con disgusto el hombre, que vestía pantalones muy holgados y calzaba enormes zapatos de trabajo.

—Perdón; no fumo, señor.

—Tampoco soy señor —aclaró impaciente la mujer, tallándose una pelambarrera rala que ostentaba sobre los labios llagados.

La niña hurgó con la mirada el cuerpo que tenía enfrente, buscó algún indicio esclarecedor. En los pantalones descubrió

viejas manchas de sangre y bajo la camisa garriente adivinó los senos: frutos agostados pendientes del torso.

—Si no es mujer ni hombre, ¿qué es usted? —preguntó maliciosamente.

—Soy Kalimán —respondió con voz impostada.

Kalimán dio media vuelta y salió del café con la mirada de Cecilia encima.

3

En la biblioteca desierta Cecilia leía un libro de biología afanada en desentrañar algunos misterios. Creía que los conocimientos sobre los microorganismos o las etapas reproductivas de los mamíferos la llevarían a esa comprensión de la vida que buscaba, de sus leyes y su razón de ser.

De vez en cuando levantaba la vista de las páginas para mirar el jardincillo florecer descuidadamente del otro lado del amplio ventanal, que lo separaba de la sala de lectura. Se distraía con una avispa zumbante que volaba sobre las rosas trazando perfectas evoluciones en el aire.

—¡Salga del salón inmediatamente, señorita Riquelme! —escuchó la orden estremeciéndose, mas luego de reconocer la voz le espetó un reproche a la Gorda, que sigilosamente se había acercado a ella.

—Creí que éramos amigas.

—¡Claro que lo somos! ¿Por qué crees que no me delaté? Porque yo sabía que mi amiguita Ceci se sacrificaría por mí sin ningún problema. Date cuenta que a mí el sargento Díaz me hubiera reprobado en todo el curso y no únicamente me hubiera expulsado de clase —explicó la Gorda mientras gesticulaba graciosamente.

—Muy chistosa, Gordita —respondió Cecilia más divertida que molesta.

—Te sentiste muy mal, ¿verdad? Me lo imaginé, pero no es nada, ni te vas a morir. ¿Por qué no regresaste a las demás clases? ¿Adónde te fuiste?

—¿Quién te dijo que estaba aquí? —preguntó Cecilia de nuevo enfadada.

—Tu mamá, ¿por qué?, ¿era un secreto?

—Ya deja de fastidiar y vámonos de aquí.

—¿Y la tarea?

—No vine a hacer la tarea.

La tibieza del aire de la tarde les encendió las mejillas cuando abandonaron el desolado edificio de la biblioteca Tolentino. Los pájaros en los árboles cabeceaban melancólicos los últimos momentos del día. En el camino de regreso a su casa, después de despedirse de la Gorda Molinar, Cecilia se desentendió de la señora Quintela, de Kalimán y otros personajes para recordar a Daniel con la incipiente pasión que le provocaba la vida. Mientras el recuerdo maduraba en su memoria sintió náuseas y un ligero temblor en las piernas. Le ocurría con frecuencia, pero no pensaba decírselo a su madre porque ya veía venir la tormenta. Antes de llevarla al médico trataría de hacer sentir culpable al padre por no estar pendiente de la familia. Aún no le diría nada.

Cuando llegó a la casa recordó que llevaba el estómago vacío, qué alivio, seguramente ésa era la causa de su malestar. Encontró a su madre frente a la estufa, no cocinando ni limpiándola. En los quemadores ardían algunos pañuelos y una camisa hecha jirones. Su madre sollozaba. La debilidad que advertía en ella estaba lejos de su comprensión, la irritaba, por eso se esforzaba en ignorar su dolor y en ser más fuerte que ella. Fascinada con las llamas se acercó a mirar la ropa arder. Muda. Ya nunca podría olvidar la escena, su madre derrotada, el rostro escondido entre las manos, los sollozos, los pañuelos en llamas, el crepitar de los besos de bilé. Cecilia se engañaba, el llanto palpitaba en

sus oídos, le quemaba la garganta. *La comadrona sumergía el cuerpo del recién nacido en agua fría luego en agua caliente luego en agua fría . . .*

Subió a su cuarto, se puso el camisón, se metió en la cama y trató de leer. Las sábanas eran blancas, limpias y frescas; pese a ello sentía mucho calor y no lograba concentrarse en la lectura. Tanta agitación y el verano. Dejó la cama para ir en busca de su madre. La encontró en la recámara dormida, vencida por el llanto; miró compasivamente el rostro sereno en el sueño y sintió un fuerte deseo de besar sus labios, sólo el temor a despertarla impidió que lo hiciera. De vuelta en el dormitorio Cecilia se quitó el camisón y se tendió sobre las sábanas. Estaba inquieta, sus manos empezaron a reconocer el cuerpo, los brotes de los senos, el vientre plano, el pubis tierno; sus dedos jugaron con el vello que le cubría el sexo infantil. Nadie creería que aún soy una niña, susurró perturbada. Su cuerpo y sus emociones no armonizaban. Sintió náuseas; la tardanza de la primera regla la angustiaba. Bajó la mano un poco más, sus dedos presionaron la carne púber hasta que obtuvo una sensación agradable. A los pocos minutos también ella se quedó dormida.

4

Cecilia llegó tarde a la primera clase de la mañana. Sin decir palabra alguna cruzó el salón, iba a sentarse en su lugar, el penúltimo pupitre de la primera fila. A partir del momento que había sido expulsada del salón de clase su actitud hacia las autoridades de la escuela cambió. Si no eran capaces de escuchar no merecían respeto. Acomodó ruidosamente los libros en el casillero del mesabanco e ignoró al profesor que se encaminó hacia ella para regresarle un examen que, por no perder la oportunidad, acompañó de un comentario sarcástico sobre su baja calificación. Enseguida escuchó el murmullo de la Gorda en su oreja, seguramente lo remedaba. Apenas sonó

la campana, al finalizar la clase la Gorda se puso de pie sin esperar que el profesor abandonara el aula, recogió sus libros, apuró a Cecilia, pasó frente a él y salió sin despedirse.

—¡Qué bárbara, Gorda! Si sigues así te van a expulsar —le advirtió Cecilia cuando se reunieron afuera del salón de clases.

—Ese vejete no se atreve —respondió con voz desafiante.

—Te puede reprobar.

—No creo. Todavía tengo los exámenes finales para promediar.

—¿Tienes? ¡Tenemos!

—Nunca habías tenido calificaciones tan bajas, ¿verdad?

—No, la verdad nunca —admitió Cecilia.

—Se nota. Tienes cara de estudiosilla, de niña buena de colegio de monjas.

La Gorda soltó una carcajada cubriéndose con su manecilla regordeta la boca. Le gustaba fastidiar a su amiga para demostrarle su afecto. Desde el primer día de clases las dos simpatizaron, la irreverencia de la Gorda atraía a Cecilia, y a aquélla la aparente tranquilidad que despedían las blusas blancas de ésta; el planchado perfecto del uniforme.

—Oye, ¿y a ti que te da por estudiar naturales? —preguntó la Gorda con ganas de seguir la mofa.

—Ya te dije que quiero estudiar medicina —respondió de tal manera, que la Gorda creyó haber preguntado una necedad.

Se dirigieron al café frente al parque, donde encontraron a Daniel. En cuanto él las vio abandonó al grupo de amigos y se paró en la barra, a un lado de ellas. Después de saludarse ninguno de los tres volvió a pronunciar palabra. Él jugó un rato con un cigarrillo que golpeaba contra el cenicero, luego lo encendió para en el acto apagarlo. La Gorda se lo agradeció con una sonrisa sarcástica. Mientras el muchacho tamborileaba nerviosamente el cigarrillo, Cecilia miró sus manos pálidas y nerviosas, sus dedos nudosos. De nuevo sintió un malestar en

el cuerpo, una opresión en el pecho, los muslos adoloridos, las piernas débiles, un ligero mareo. El arribo de un grupo de muchachos al galope anunció el cambio de clase. Daniel y la Gorda salieron de prisa, Cecilia en cambio, no tenía ánimo ni concentración para continuar el día. Se despidió de ellos y se dirigió a su casa, pensó que ya era tiempo de hablar con su madre de lo que le ocurría.

En la casa no la encontró, pero en ese momento ya no sentía deseos de hablar con ella, prefirió dar un paseo en bicicleta por los plantíos de algodón que aún quedaban en los alrededores de la colonia, lo cual siempre le proporcionaba una sensación liberadora. Faltaban sólo unos cuantos días para el inicio de las ansiadas vacaciones de verano. Ocho semanas para andar en bicicleta y leer hasta la madrugada, pensaba mientras paseaba por el cauce seco de la acequia que lindaba con el algodonal. Pedaleaba lentamente mientras imaginaba otro relato:

Joaquín y Eloísa van con un grupo de amigos de carcería. Salen de Chihuahua en tres camionetas en dirección a la sierra. Hace mucho frío y en la carretera aún hay rastros de nieve. Llegan por la tarde, varias horas antes de que oscurezca. Unos levantan las tiendas mientras otros preparan una fogata. El campamento se extiende a tres tiendas, una para las mujeres, otra de hombres y la tercera para guardar comida, herramientas y escopetas. La primera noche hay felicidad. Se acuestan temprano, impacientes por comenzar la matanza del día siguiente. Joaquín besa en la frente a Eloísa y ésta se retira a dormir. Nadie sospecha sus planes. A la siguiente mañana salen en grupos, pero Eloísa se pierde. Ninguno la extraña, ni siquiera Joaquín, antes de escuchar un disparo lejano. La buscan y la encuentran aproximadamente una hora más tarde. Eloísa está inconsciente, tirada en la tierra, tiene un agujero de bala entre el corazón y el hombro.

La sangre brota oscura, espesa . . .

Un animal echado a escasos metros de distancia, en medio del camino interrumpió su relato mental y le impidió el paso. Cecilia se bajó de la bicicleta y cautelosamente se aproximó hasta quedar a unos pasos de distancia. Era una perra que arrojaba de sus entrañas a la cría. A medida que la hembra paría cada uno de los cinco amasijos envueltos en sangre y baba, Cecilia, azorada, entraba en una confusión de emociones. Ahí permaneció mucho tiempo, sólo para observar los cuerpos palpitantes junto a las ubres de la hembra. Sintió que de golpe develaba un misterio.

Al regreso, casi al anochecer, hizo un largo rodeo para pasar frente a la casa de su amigo. Encontró a Daniel sentado en el cordón de la banqueta. Al verlo aceleró el pedaleo.

—¡Cecilia, espera! ¿Adónde vas?

—A mi casa —respondió cuando se acercó el muchacho.

Daniel tomó la bici por los manubrios. Ella entendió que debía cederle el sillín, viajar de pie sobre los diablitos.

—Dale al plantío —ordenó la niña maliciosamente—. Te voy a mostrar algo.

5

El sol de junio tiñó de limpio azul el cielo: las vacaciones de verano comenzaron. Como primera actividad esa tarde Cecilia y la Gorda planearon ir al cine. Querían ver una película de Jerry Lewis.

—¡Mira quién está ahí! —dijo la Gorda en voz alta, en cuanto pisaron el vestíbulo del cine Variedades, al tiempo que señalaba con el índice a Daniel. El muchacho estaba de pie fingiendo leer los carteles.

—Ya lo vi —murmuró Cecilia.

—¡Hola! —saludó él echándose hacia atrás una pesada onda de cabello que le cubría la frente.

Tenía catorce años y el cutis salpicado de diminutas y rosadas espinillas, como si tuviera salpullido. Sonreía siem-

pre y sus movimientos delataban su vulnerabilidad, no sabía qué hacer con su cuerpo, ni cuál era su lugar. Tampoco sabía que era hermoso.

Los tres acordaron sentarse en las butacas de atrás, Cecilia en medio de los dos. Era la primera vez que ella y Daniel se veían en otro lugar que no fuese la escuela o la colonia. A ella le agradaba la proximidad del muchacho, y esa tarde, animada por la oscuridad de la sala, sintió como nunca antes el deseo de tocarle las manos. No se atrevió, en cambio se replegó en sí misma, territorio que más seguridad y misterios le ofrecía.

De regreso a la casa caminaron juntos. En el trayecto la ciudad comenzó a vivir la noche: los sucesos detrás de las ventanas, los niños que corrían de un extremo a otro de la calle, las mujeres que platicaban sus cosas sentadas en los porches, los hombres que fumaban en el fresco, las parejas que se perdían al doblar la esquina: todo estimulaba el ánimo encendido de la niña.

A la mañana siguiente Cecilia descubrió manchas de sangre en su ropa interior. Palpó con placer el relieve seco de las manchas sobre la pureza del tejido de algodón. Por fin, la nueva intimidad de su cuerpo fluía plenamente. Leve y serena se vistió para salir.

El día era claro, demasiado claro. El sol incendiaba el follaje de los árboles, quemaba los techos de las casas a la orilla del camino. El aire caliente sofocaba las flores de los jardines. El celaje azul se desplegaba sobre una lengua de asfalto larga y gris que se perdía en el verdor de un plantío de algodón al fondo. En el centro de este paisaje de verano, montada en bicicleta Cecilia se alejaba hasta convertirse en una mancha rojiza y vibrante.

El reflejo de la luna

a Emma Pérez

I. Copper y Luna

Marzo entraba en el calendario una madrugada líquida. El pasto se extendía en lunares verdeamarillos sobre montículos y hondonadas. La escarcha sobre la hierba y el follaje le otorgaban a Memorial Park la apariencia del cristal. Más arriba el firmamento denso, matizado de violeta y rosa prologaba otro día para Nicole Campillo, que miraba desde la ventana de la cocina mientras llenaba de agua la tetera, el horizonte cuajado de luces, la franja ancha y luminosa que formaban a lo lejos las dos ciudades, y un fragmento de luna que apenas asomaba entre el nuberrío. Era tal vez el silencio o la luz indefinida de las tempranas horas del día la causa de la vaga sensación que empezó a rondarle por dentro, tal vez algún recuerdo que no lograba precisar en la memoria. Miraba curiosa por la ventana, algo le decía la penumbra que aún envolvía las cosas del mundo; sin embargo, no fue la penumbra sino el silbido de la tetera lo que resaltó un trazo del rostro adolescente —la avidez de los labios— que emergía en su nebuloso cuadro mental. Ahora no había tiempo para detenerse a esclarecer memorias. Era más importante organizar las actividades para ese lunes todavía invernal. Preparó el café soluble en una jarra térmica que

depositó sobre una charola de plata en cuyo centro resaltaba el monograma "A" en tipo gótico. Nicole salió de la fría cocina blanca y subió a su estudio por la escalera de servicio que comunicaba los tres pisos de la casona por la parte trasera. De una vez se ahorra la vuelta hasta el salón, donde arrancaba una elegante escalera con alfombrilla al centro y balaustres tallados, y el insidioso crujir del encino a cada paso que daba. Aún era temprano para despertar a los durmientes.

El mobiliario del estudio lo llevó ella. Había sacado un viejo diván de terciopelo y una mesa de café del espacio que tradicionalmente había servido como saloncito de fumar, e instaló un par de libreros metálicos. En uno guardaba parte de sus libros de leyes y en el otro cerca de dos docenas de novelas mexicanas. El resto eran papeles apilados en desorden. También había acomodado frente a la ventana un pesado escritorio. Todo, salvo la silla de cuero oscuro que ocupaba para trabajar y que había pertenecido a su suegro, lo había adquirido en una tienda de segunda desde el inicio de su carrera. Luego de hacer un espacio entre la montaña de papeles que había sobre el escritorio, Nicole empezó a preparar los documentos de Guadalupe Maza. Confiaba en su capacidad, llevaba cinco años defendiendo *undocumented and migrant workers*, y habían sido muy pocos los casos en que no hubiera logrado por lo menos una mínima indemnización en favor de sus defendidos. En esta ocasión el caso sería difícil. Había motivos para desconfiar del resultado. Dick Thompson era el hijo del director de la Cámara de Comercio, un viejo rico e influyente, amigo de la familia de Arturo, a quien *ellos* le debían algunos favores.

Después de varias horas dedicadas a revisar la documentación que tenía sobre el caso, Nicole, vestida aún con su largo camisón de franela, bajó al comedor a desayunar con su marido. Arturo olía a colonia y estaba vestido

impecablemente: pantalón de lana gris, camisa blanca y suéter de cachemira negro con coderas de piel, abotonado al frente. Leía, en el mismo lugar que había ocupado durante cuarenta años, *El Paso Times*. En media hora se pondría de pie para ir a su negocio, tenía por costumbre abrir él a las ocho en punto. Ni un minuto más tarde.

—Buenos días.

Nicole se sentó a un lado de Arturo. Aspiró hondo la fragancia que despedía su piel acabada de rasurar y el aroma del café recién hecho.

—Buenos días. No sentí cuando te levantaste. Debes descansar un poco más, ¿no crees?

—No podía conciliar el sueño, además tengo mucho trabajo.

—Supongo que seguirás adelante con el caso Maza, ¿no es verdad?

—Ése es mi trabajo, —respondió Nicole muy firme.

—Otro abogado del bufete podría llevarlo. ¿Por qué tienes que ser tú, mi esposa?

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿Mi salud o estropear la amistad que ustedes han llevado con Thompson?

—La amistad de mi padre con Thompson me importa un carajo. Lo que me preocupa es que él encontrará muy buenos abogados para defender a su hijo.

—¿Quieres decir que no me crees capaz de ganar este caso? —Preguntó Nicole, que ya tenía las mejillas encendidas.

—Lo único que estoy diciendo es que quisiera que mi esposa y mi hijo estuvieran tranquilos. Me gustaría que durante tu embarazo te quedaras en casa. No creo que eso sea mucho pedir.

Nicole no pensaba claudicar, pero como la discusión se tornaría larga y exaltada, prefirió no responder. Ya habría tiempo para discutirlo más tarde.

—Olvidalo. Tú sabes mejor que yo lo que necesitas hacer, —agregó Arturo en tono conciliatorio después de pensarlo unos segundos.

Nicole le acarició la mano. En el anular llevaba su sortija de matrimonio.

—Cuéntame, ¿qué ocurrió? —Preguntó repentinamente interesado.

—Dick Thompson y un amigo se presentaron una noche en la casa aprovechando que sus padres estaban de vacaciones. Según me dice Guadalupe, únicamente estuvieron un rato, pero más tarde, de madrugada, regresó Dick solo.

—Pobre muchacha. Entiendo tu interés, pero además de abogada eres mi esposa y tengo derecho a pedirte que te cuides. Yo también te necesito, —señaló Arturo y se puso de pie. Echó una ojeada a su reloj de pulsera, besó a Nicole y salió rápidamente del comedor.

Para una mujer que buena parte de los veranos de su infancia había pizcado, desde el amanecer hasta la puesta del sol, en los *cotton fields* del sur de Texas, las preocupaciones de Arturo resultaban excesivas. Presentarse en los juzgados, enfrentar a un abogado blanco, o a varios, no sería más duro que tener siete años, ir tras la madre, que también cargaba un costal de algodón, y llevar la yema de los dedos inflamada y sangrante. Nicole tenía treinta y cinco años y era su primer embarazo. No estaba de más tomar precauciones, mas no quería quedarse en casa, tenía muchísimas cosas que hacer. Nicole Campillo salió de la mansión de los Alcántar, en la esquina de las calles Copper y Luna. Antes de arrancar su Honda de modelo atrasado miró hacia el parque. El sol empezaba a calentar los árboles reverdecidos. Una anciana abrigada con un raglán viejo, tirada por un perro salchicha que la obligaba a caminar de prisa, algo le dijo en una voz sin palabras, como un ruido de burbujas reventándose. Nicole le respondió con un movimiento rápi-

do de la mano y echó a andar el carro. En veinte minutos llegó a la esquina de Séptima y Mirtle, estacionó su automóvil negro y entró por la puerta principal. En la ventana un rótulo decía Fernández, Fernández & Campillo, Attorneys at Law. A través de los Fernández, que eran originarios de la región, Nicole se puso en contacto con Kenton, el sacerdote que dirigía el Refugio Católico para Indocumentados, y a quien ocasionalmente ellos ayudaban en casos que no reclamaran demasiado de su tiempo. A esa hora de la mañana ya tenía varios recados de Kenton. Un reportero del *Diario Hispano* trataba de hablar con Guadalupe Maza. Estaba interesado en seguir explotando la noticia con fines partidistas. Los aspirantes a *major* de la ciudad empezaban a diseñar sus estrategias políticas. En cambio para el periódico conservador paseño Guadalupe Maza no era noticia. Si acaso, en los círculos donde se movían los Thompson, la joven era sólo un mal necesario.

Nicole escuchó el resto de los recados; entre ellos uno de Arturo, “te espero en el Dome Grill a las seis de la tarde”.

El estetoscopio en la espalda desnuda le causó un ligero estremecimiento; aumentó la tensión que sentía. La doctora era una mujer delgada y alta que se desplazaba en el consultorio con cierta lentitud, quizá con demasiada concentración en su rutina. Tenía el rostro afilado y los ojos muy juntos, parecía que miraban las cosas más de lo necesario. A Nicole le agradaba su doctora, una hindú que pronunciaba las palabras claramente, como si temiera no ser comprendida. Le inspiraba confianza, se sentía segura, pero el tacto vaginal vendría enseguida y ella era demasiado sensible a todo lo relacionado con el cuerpo, sus órganos, las palpitaciones, los líquidos, la sangre. La doctora ordenaba y escuchaba, ordenaba y escuchaba. Y Nicole, obediente, respiraba profunda-

mente también para relajarse. Luego el pensamiento se le iba, la memoria le entregaba otra pieza del rostro adolescente que esa madrugada surgió como un borroso recuerdo.

La doctora la regresó a la mesa de auscultación con voz autoritaria. Su filipina blanca y almidonada estimulaba el olfato de la paciente, olía a almidón recién planchado. "Acuéstese, flexione las piernas". Unos dedos fuertes y seguros entraron en ella. El útero es un camino, pensó Nicole estremecida mientras miraba la luz amarilla del techo. Así como estaba, con las piernas abiertas, se sentía completamente desamparada. La doctora preguntaba lo que necesitaba saber y Nicole respondía con frases breves.

—¿Por qué está tan tensa? ¿Pasa algo? —Interrogó, mientras se quitaba los guantes, la doctora.

—Nada. Sólo que todo esto me hace sentir vulnerable, —respondió avergonzada, como si lo que acababa de decir fuera una tontería.

Los olores del consultorio, medicamentos, desinfectantes y almidón fresco se exacerbaban provocándole náuseas.

—¿Quiere pasar al baño? —preguntó la doctora cuando la paciente se cubrió con la mano nariz y boca.

Nicole negó con la cabeza.

—Ya casi terminamos. Todo va bien. Siéntese de nuevo.

—Es abrir el camino que conduce al centro de mí. Sé que es una idea descabellada, que todo esto es necesario, pero es así como me siento, —explicó Nicole.

La doctora escuchó con atención las palabras de su paciente y asintió con la cabeza a pesar de que no estaba de acuerdo. Para ella esa rutina de auscultación estaba desprovista de interpretaciones subjetivas, sin embargo entendía lo que Nicole sentía en esos momentos.

—Ya casi terminamos, sólo me falta revisar los pechos, —agregó maternalmente.

Tomó un seno y lo sopesó como si estuviera balanceando una manzana en el hueco de su mano. Lo mismo hizo con el otro. Después le preguntó sobre la última fecha de su menstruación. Hizo algunos cálculos y sentenció: aproximadamente en veinticuatro semanas dará a luz.

—Seis lunas, —respondió Nicole pensando en voz alta.

II. Cotton Field

A la vera del camino lodoso, la casa de madera aún estaba sumida en la oscuridad cuando la madre de Nicole se levantó. Mientras se cambiaba de ropa recordó que la niña cumplía nueve años ese día. Era el mes de junio. Ella y Nicole lo fatigaban en el campo, bajo el sol del sur de Tejas. La niña sabía cómo desprender la borra del cáliz; también cuánto pesaba el costal cargado y cómo ardían los pinchazos en los dedos.

La mujer se cepilló el pelo y lo cubrió con una pañoleta anudada bajo la barbilla. Se cambió el albo camisón de algodón, húmedo de sudor en la espalda, por una blusa ligera de manga larga y una falda de vuelo amplio. Frente al espejo del botiquín recordó las palabras de la abuela. Decía que al paso de los años Nicole se parecía más a su madre: las cejas finas, arqueadas y negras; los ojos verdosos; la nariz pequeña y roma, la boca gruesa y el mentón pronunciado. La mujer no deseaba que Nicole repitiera su historia. Si la niña se parecía en algo a ella lo rechazaba con toda su alma. Nicole sería una mujer diferente.

Con ese pensamiento, apresurada salió del baño y se dirigió a la cocina. Apenas tenía el tiempo necesario para preparar las tortillas de harina y el guisado de huevo con papa que llevaría a la pizca ese día. Cuando tuvo el lonche preparado levantó a Nicole, que todavía somnolienta, apenas sostenía el vaso de avena que su madre le daba como desayuno. Minutos más tarde las dos mujeres caminaban a un lado de las vías del tren, Nicole detrás de su madre. Estaba decidida a que su hija no migrara, como ella, que había seguido la ruta del wes con sus padres, y éstos a su vez con los suyos. Las generaciones se remontaban a mediados del siglo diecinueve. Para Nicole la historia sería otra. Su madre se iría a las pizcas y la dejaría encargada con la abuela. Quería educación y una vida sedentaria para Nicole. Así lo hizo. Cuando terminó la temporada en los pueblos cercanos, se despidió de ella confia-

da en su decisión. Se alejó con pasos ágiles por la estrecha vereda que separaba la casa del camino principal.

La niña sintió un levísimo movimiento que, poco a poco, fue creciendo. El suelo, la casa y su cuerpo se cimbraron. Siguió con la mirada a su madre todo el tiempo que tardó en pasar el tren, a unos cuantos metros del patio trasero de la casa de la abuela. Se alejó de la ventana y trató de distraerse para detener las lágrimas. Salió al patio y sólo se le ocurrió sentarse en la mecedora a mirar las nubes que cruzaban rápidas el cielo; a escuchar contrita el silbato del tren.

Nicole salía a la tibia humedad de la mañana, caminaba por el angosto y cenagoso sendero que cruzaba el barrio entre las casuchas de madera. Llevaba un intenso dolor clavado en la boca del estómago. El periplo de la casa de la abuela a la escuela elemental se hacía más difícil cuando llegaba a su último tramo. Ahí le salía al paso el viudo Martín con sus botas viejas y enlodadas —si no atendía a los que a última hora habían corrido a comprar la leche del desayuno— con un dulce en la mano. Luchaba con la repugnancia que le causaba el crecido bigote hirsuto del hombre y sus dientes manchados de tabaco; pero sobre todo con ese olorcillo a rancio que despedía su cuerpo y que cualquiera percibía a varios pasos de distancia. Cuando extendía la mano para tomar el dulce, el viudo Martín le decía en el mejor de los tonos: “Esta tarde te voy a tener un pay de durazno en la cocina”, y se metía apurado en la tienda porque las señoritas Krepfel, todavía con el camisón puesto, entre los maniqués de pasta, censuraban todo lo que ocurría en la calle con sus ojos azules y diminutos.

Las Krepfel eran hermanas gemelas. A sus cincuenta y tantos años llevaban vestidos de algodón iguales, eran solteras y acudían todos los domingos al servicio religioso de las diez de la mañana, con sendos sombreros de ala ancha y moños de colores chillantes. Nicole y su abuela se cruzaban con las gemelas cuando éstas salían por la trastienda

rumbo al templo protestante y ellas se encaminaban a la iglesia Saint Jude, en el centro de Yorktown.

La abuela de Nicole, experta costurera, había trabajado con ellas durante muchos años. Pero nunca las gemelas Krepfel le brindaban un saludo si la encontraban fuera de la tienda. La abuela ni siquiera las miraba. Si las señoritas, orgullosas de su ascendencia alemana, la consideraban inferior por ser mexicana, ella también las despreciaba. Entendía que la tienda de modas y el templo protestante habían terminado sofocándolas. La anciana platicaba que las gemelas Krepfel se lamentaban por haber perdido al único hombre que las amó a las dos por igual.

Reclinada sobre la máquina de coser, la abuela de Nicole realizaba su tarea laboriosamente en la trastienda. A través de la mampara advertía el poco movimiento que por la calle trasera se daba la mayor parte del tiempo, pero una mañana de junio, de la espesa cortina de agua que la lluvia formaba, la abuela de Nicole vio con sorpresa acercarse a un hombre bien vestido que cargaba una maletita de cuero amarillo. Sin tocar la puerta el hombre entró al taller de costura, saludó amablemente y se sentó en una silla próxima a la máquina. De inmediato entabló conversación con la abuela, nada que ella no hubiera oído antes, los acontecimientos diarios en los pueblos del rumbo, los quehaceres de la pizca, el mal tiempo, etc. Pero sucedió que una gemela lo oyó hablar con fuerte acento extranjero y pensando que se trataba de algún pariente de su empleada que la distraía de su tarea, salió a despedirlo. El hombre en cuanto vio a la señorita Krepfel se sintió fascinado por las innumerables pecas que le cubrían la cara, cuello, piernas, brazos y manos: todo lo que le fue posible mirar con una ojeada rápida e indiscreta. Se puso de pie y le ofreció la mano. "Atila Hassam, a sus pies, señorita". Luego le explicó —sin soltar la mano lechosa que la gemela le tendía y que más parecía un pájaro atrapado en la manaza fuerte y morena del hombre— que se había atrevido a entrar

mientras pasaba el aguacero. La gemela oyó las razones sin poner demasiada atención; escuchaba las palabras de aquel hombre moreno y musculoso, de cabeza en forma de dado, orlada de negros rizos, en un susurro de voz y lluvia.

Ante los ojos burlones de la abuela, la escena no sólo se repitió sino que acrecentó la gula del visitante cuando apareció la otra gemela. El turco Hassam, obnubilado con el mar de pecas que estimulaba su imaginación, de nuevo tendió su mano y apresó por unos momentos el pálido pájaro lánguido que la otra señorita Krepfel le ofrecía. Los tres permanecieron de pie, contemplándose, en un triángulo de amor perfecto, mientras la abuela hacía zumbir la máquina de coser y la lluvia combatía el intenso calor de la mañana.

A partir de ese encuentro el turco pasaría largas veladas en la casa de las gemelas. Después de ofrecer, en su recorrido de rigor por el pueblo, los seguros de vida que vendía, entraba a la tienda de modas por la puerta de atrás. Las hermanas lo esperaban con la mesa puesta: ensaladillas diversas, salchichas, pan de centeno, fruta y abundante cerveza, que sólo ellas bebían. Atila Hassam las hacía reír con sus historias del camino. Después de la cena el turco pasaba al taller, donde muchas noches todavía trabajaba la abuela. Detrás del biombo se desvestía y se quedaba en un calzoncillo biquini que simulaba una piel de leopardo. Atila Hassam les mostraba su portentosa musculatura a las gemelas, siempre que ellas se comprometían a frotarle torso, brazos y piernas con aceites. Una de cada lado. La rizada cabellera del turco se despeinaba por las sugestivas contorsiones que con su atlético cuerpo hacía para las señoritas Krepfel. Después de muchas noches de diversión, el fisicoculturista se bajó el biquini para mostrarles abiertamente, en la parte lateral de cada uno de los glúteos, sus tatuajes: una nereida y una sirena. Según él representaban a cada una de las hermanas. Se las habían dibujado en Nueva Orleans. La historia que les contó cuando les mostró las figuras marinas com-

binaba un sueño, un deseo y una certeza. Esa noche, las gemelas vivieron con el turco el episodio de amor que jamás habían imaginado y que las acompañaría en el recuerdo por el resto de sus días. La mañana siguiente, aún embeladas con las artes amatorias de Atila Hassam, no entendieron cuando él se despidió para siempre. El turco les dejaba en pago a su generosidad, una cadena que llevaba sujeta al cuello, de la cual pendía una medialuna de plata.

Años después, cuando en las mañanas Nicole cruzaba de prisa frente al aparador de la tienda —las Krepfel desde temprano sacudían el polvo de los vestidos de novia—, sentía sobre ella la mirada fría de las gemelas y los maniqués. Doblaba en la esquina, cruzaba en diagonal por la gasolinera y llegaba muy alerta a su salón de clases. Ahí la esperaba la *miss* de rostro pálido y pétreo como efigie de un camafeo, lista a reprenderla si acaso la sorprendía hablando español.

Nicole odiaba los *cotton fields* porque alejaban a su madre de su lado. Pero finalmente llegó el día que regresó para quedarse. Tenía cuarenta años: toda una vida en las faenas del campo. Nunca más tendría que madrugar para conseguir el sustento de la hija. Iba acompañada de Jim, un hombre mayor que cada mes recibía una respetable pensión del gobierno, en pago a sus servicios de constructor de carreteras en el condado Wharton, y que pensaba compartir cheque y vejez en un confortable *trailer home* con la madre de Nicole.

También para Nicole el momento había llegado. Todo estaba listo para que siguiera sus estudios universitarios en Houston. Dejaba para siempre Yorktown, pero llevaba en la memoria los *cotton fields* que la habían visto madurar en el rencor y el abandono.

III. Sacred Heart

Nicole llegó al Segundo Barrio, extendido a la orilla del Río Bravo. Sus calles apretujadas y sucias estaban inundadas por las tiendas —electrónicas, ropa usada, baratijas— de coreanos y árabes. En la esquina de Stanton y Rahm a esa hora tan temprana, era poca la gente agrupada en las esquinas para pedir *ride* a Juárez, y ahorrarse de esa manera el pago de la tarifa por cruzar el puente, o bien hacer el esfuerzo que exigía cruzarlo a pie. En el aire circulaba ese penetrante olor a pan recién hecho —que despedía el edificio recubierto de mosaicos verdes de la Rainbow Bread—, revuelto con el tufo a humo. A pocas cuadras de ahí, después de caminar frente a las paupérrimas viviendas de varios pisos, ropa tendida en los balcones, graffiti, signos cholos en los muros y uno que otro mural chicano, destacaba una sólida construcción revestida de ladrillo rojo. Era la iglesia católica Sacred Heart, de bastarda arquitectura, sin atrio y de una sola torre baja. La fachada del edificio se alzaba ante el lugar donde Azuela escribió Los de abajo, en 1915; caserón reducido a un modesto edificio de apartamentos pobres. La parte trasera de Sacred Heart albergaba el Refugio.

Nicole estacionó su carro en una callejuela cercana. Caminó seguida por la insistente mirada de los bordoneros, que bebían cerveza de botellas ocultas en bolsas de papel, apiñados en los callejones. Cuando llegó a la iglesia se abrió camino entre aquéllos que descansaban en los peldaños, a la espera de que alguien llegara a ofrecerles la chamba del día. Pasó de largo y entró directamente en la oficina del reverendo Kenton, a cuyo cargo estaba la iglesia y la organización.

A sus ochenta años, Kenton conservaba una gran vitalidad; se traducían en su andar ligero y en el timbre sonoro de su voz. Vestía sotana siempre y daba la impresión de excеси-

va pulcritud. Nicole lo respetaba, no por su investidura religiosa, sino porque lo creía un hombre honesto y útil.

—Adelante, —dijo el sacerdote cuando la vio venir por el pasillo. —¿Cómo estás, hija?

—Bien, padre, gracias.

—Te llamé porque quiero asegurarme de que estoy haciendo lo correcto.

—Hizo bien en llamarme, padre. En esta ocasión quiero ser más cautelosa. He pensado que sería mucho mejor que Lupe no hablara con nadie. De afuera, quiero decir.

—Yo también lo creo, hija. Recibí la visita de un agente del servicio de inmigración. Quieren deportar particularmente a Guadalupe, y pienso que atrás de la denuncia está Thompson. Tienes que ayudarme a arreglar eso cuanto antes.

Nicole salió de la oficina del director en dirección al pabellón para mujeres. No le preocupaba la noticia del sacerdote; el status migratorio de Guadalupe era un asunto más que debía pelear y, en todo caso, de problemas migratorios era de lo que más entendía. Una religiosa la llevó hasta una salita donde esperó unos minutos a Guadalupe Maza. Ahí el mobiliario era sobrio y humilde: sillones de vinil, pisos muy limpios que olían a desinfectante y paredes cubiertas con imágenes religiosas.

En uno de los muros una sólida repisa sostenía varias veladoras encendidas ante un cuadro enorme del Sagrado Corazón de Jesús. De ese mismo tamaño era el que tenía la abuela de Nicole en su cuarto, pero aquél, adornado con un marco de madera labrada de tres pulgadas de ancho, descansaba sobre una mesa donde abundaban, además de las veladoras, los milagritos de latón prendidos al mantel con alfileres. Para Nicole los altares caseros, las veladoras encendidas día y noche, los rosarios y las imágenes de sufrimiento estuvieron ligados durante su niñez y adolescencia a la

vergüenza de ser pobre. Sin embargo ahora, a fuerza de visitar el Refugio y encontrarse con el Corazón de Jesús, eso lo veía con ojos diferentes. Hasta creía entender la causa del fervor de su madre y su abuela por esas imágenes dolientes.

De pie, en el centro de la salita, pacientemente esperaba Guadalupe que Nicole terminara de contemplar la imagen. Era una tímida muchacha mazahua de diecinueve años, nacida en la colonia Revolución Mexicana, lugar donde desde hacía medio siglo se asentaban los mazahuas que venían del Estado de México. Lupe entendía la lengua de sus padres, pero su lengua dominante era el español, cargado de giros localistas, aún más de los vocablos en náhuatl que escuchaba en su casa. Guadalupe hablaba el español que aprendió en los juegos con otros niños mazahuas en las calles de su barrio; el que leyó en el texto gratuito de la escuela primaria durante los tres años que asistió; el que escuchó a los transeúntes en las banquetas del centro de la ciudad, donde vendió chocolates americanos con su madre y sus hermanos menores; el que descubrió al lado de las obreras, en la banda sin fin de la General Motors, amarrando arneses; el español que se hablaba en la casa de la señora Thompson quien, a fuerza de emplear mexicanas a su servicio, se expresaba con frases suficientemente claras para comunicarse con ellas.

Guadalupe Maza llevaba vestido de pechera azul claro y blusa blanca; suéter negro, medias gruesas y zapatos negros con suela de goma. Era el uniforme de las internas, las niñas y jóvenes que recogían en la calle. Pero Guadalupe no sólo vestía como las religiosas, sino que también tenía el semblante de ellas. Sus ojos oscuros, la boca amplia, la sonrisa tras la cual mostraba unos dientes muy blancos, muy grandes: todo su redondo rostro moreno hablaba de tranquilidad. Nada indicaba que ella hubiera llegado ahí por la intervención del enfermero que la atendió después del asalto, el

que llamó al reverendo Kenton para pedirle que pasara a recoger a una jovencita indocumentada al hospital del condado. Parecía lo contrario, que Guadalupe voluntariamente había llegado a formar parte de la congregación y que Nicole era únicamente una visita amistosa.

Nicole le estrechó la mano y la invitó a conversar. Luego, con un español permeado por vocablos y pronunciación inglesa —el que aprendió de su madre y su abuela y que más tarde, durante sus primeros años de escuela, fue obligada a sepultar en el fondo de la conciencia— la interrogó.

Guadalupe Maza respondió con frases de claro acento juarense, que la madrugada del asalto Dick se presentó en su cuarto semidesnudo, descalzo y con una pistola que le puso en la frente para intimidarla. Contó que en lugar de ceder a las peticiones del muchacho oró en voz alta, que eso lo desconcertó como si la plegaria lo hubiera tomado por sorpresa y hasta conseguido asustarlo. Luego, dijo, salió de la cama para forcejear con Dick. En represalia, Dick no cesó de amenazarla de muerte y de disparar el arma al aire, sin conseguir que la muchacha mazahua se le entregara. Estaba en shock —después confirmaría el médico que la atendió en el hospital—, sólo así se explicaba que se hubiera defendido tanto sin temor a ser asesinada. Guadalupe hizo una pausa en su relato para beber agua en el bebedero del pasillo y así tomarse unos segundos más para pensar cómo se lo diría a Nicole. No estaba interesada en seguir el caso. La noche del asalto había quedado atrás para ella, ahora sólo deseaba pertenecer a la congregación religiosa. Sentía que algo se le acomodaba dentro, que había encontrado su lugar en la vida. A pesar de que las labores de limpieza se intensificaron para ella, se sentía conforme; la vida era mucho más amable en este lugar, y no alcanzaba a comprender por qué para Nicole era tan importante seguir con su defensa, cuando ella creía que de no haber pasado por esa violenta experiencia no

hubiera llegado al Refugio. Guadalupe se sentía compensada. Nicole en cambio, estaba dispuesta a echar mano de todos sus recursos con tal de ganar el caso. Ni Guadalupe era una indígena desamparada, ni ella una chicana indefensa. Las dos eran mujeres sin privilegios acostumbradas a la lucha diaria; hijas de trabajadores migrantes. Ahora ella sabía cómo hacer valer sus derechos y los de Guadalupe.

Sentada frente a ella, Nicole la interrogó refiriéndose a su estancia en el Refugio. De nuevo abordó el tema del asalto. Guadalupe Maza hablaba bajito, a pausas, con la mirada huidiza. Era una muchacha muy tímida que además estaba avergonzada.

—Quería decirle que lo que le dije es todo lo que me acuerdo.

Guadalupe Maza descansaba sus manos sobre el regazo, una encima de otra. Sus ojos negros estaban muy atentos a la reacción de Nicole.

—No se enoje conmigo, —agregó—, pero ya no quiero seguir el pleito. Yo estoy contenta con estar aquí y así me quiero quedar. —Nicole creía entender sus razones, pero no estaba dispuesta a permitir que Guadalupe claudicara así nomás—. Si no luchamos para que castiguen a Dick Thompson, siempre se agredirá a los débiles. Defendiéndote a ti es como si defendiera a otras mujeres que han sido violadas, por eso te pido que me ayudes. No lo hagas únicamente por ti, hazlo por las demás, —explicó enfáticamente Nicole.

Guadalupe escuchó sin entender claramente las razones de Nicole. Pensaba que había mucha soberbia en ella si se creía capaz de modificar el mundo; algo fuera del alcance de un ser humano. Para ella el bien y el mal luchaban de otra manera, en planos alejados a la voluntad humana. Guadalupe la miró mientras pensaba la respuesta. Frente a ella vio a una mujer animada también por la ingenuidad y la buena voluntad.

—Usted es una mujer con fe, respondió finalmente con su voz pausada. —Nomás por eso la voy a ayudar.

—Es al contrario, Guadalupe. Yo no tengo fe, pero creo en lo que podemos hacer tú y yo juntas. Necesito que me entiendas.

—No entiendo de leyes, pero sé que no son cosa buena, dijo con su mirada oscura puesta en la verdosa mirada de Nicole.

—Esta vez será diferente, te lo aseguro. Pero hay mucho por hacer. Tenemos que arreglar tu estancia legal en este país mientras dura el caso, después ya veremos qué podemos hacer para que ingreses a la congregación, aquí o allá, si eso es lo que quieres. Por ahora sigue contándome. Por favor dime qué más ocurrió.

La joven mazahua le relató cómo había logrado herir a Dick Thompson con un angelito de bronce que su patrona exponía sobre una mesita de café. Guadalupe le había propinado un golpe en el esternón con tanta fuerza, que además de sonar seco al chocar con el hueso lo había obligado a encorvarse y ceder por unos segundos. Sólo que después, Dick Thompson se recuperó con más odio y le asestó un golpe en la sien con la cache del arma. Según Guadalupe Maza, después de recibir el impacto vio estrellitas, pero entre oraciones y esfuerzos logró mantenerse en pie.

Nicole se despidió de Guadalupe convencida de que ganaría el caso. Habló con el reverendo Kenton y acordaron cómo procederían cuando regresaran los de la oficina de inmigración. Antes de dejar el edificio decidió entrar en la iglesia. Sentía un interés muy vivo en el caso de Guadalupe Maza, pero no quería ser condescendiente, en todo momento buscaba ser racional, sólo que en esta ocasión no lo estaba logrando. Debía ser el embarazo que la ponía sensible, dispuesta a hacer cosas —sentarse en la banca de una iglesia— que en otro momento no haría. Tal vez Guadalupe

Maza representaba ese símbolo que debía conservar intacto en su conciencia; o defenderla era la persecución de un ideal de justicia; o era su propio dolor, su vergüenza y su rabia que encontraban venganza al confrontar a Guadalupe Maza con Dick Thompson.

Abandonarse a la soledad de la iglesia le hacía bien, era tan pacificador que lamentó no haberlo hecho antes. De su boca salió un Padre Nuestro en un susurro. Más tarde, cuando abrió el portón de la iglesia, Nicole encontró los escalones vacíos. A la distancia vio los vagones del Southern Pacific avanzar lentamente acomodándose en las vías. Arriba el sol viajaba hacia el poniente. Al otro lado del río, la vasta y agitada ciudad de Guadalupe Maza se recortaba contra el azul plomizo del cielo.

IV. Vientos del sur

El abuelo de Arturo se había afincado en Sunset Heights en 1911. Un barrio de mansiones construidas con reminiscencias sureñas en lo alto de una colina, desde la cual podía ver el agitado y polvoriento pueblo del otro lado del río: Paso del Norte vivía, como el resto de México, las vicisitudes del movimiento armado.

Don Manuel Alcántar veía llegar con disgusto las primeras hordas de campesinos que huían del hambre y la balacera. Los inmigrantes se sometían a una humillante inspección sanitaria a cargo de las autoridades norteamericanas, tan pronto como cruzaban el endeble puente de madera —Santa Fe— tendido sobre el río. Después se integraban a las cuadrillas de negros y mexicanos que construían la ruta del ferrocarril Southern Pacific.

Este chihuahuense que se había mudado al norte del Bravo para proteger familia y fortuna de los vaivenes del movimiento armado, desdeñaba todo lo que le rodeaba. Vivía obsesionado con el recuerdo del mundo que había dejado atrás: Chihuahua, la adormilada ciudad donde había nacido y acrecentado la fortuna familiar.

Echaba de menos el Paseo Bolívar, los paseos veraniegos bajo la bóveda verde que formaba el ramaje entretrejido de las altas copas de los álamos. También las animadas noches de verbena en el Parque Lerdo. Extrañaba la Plaza Hidalgo, donde le gustaba lustrarse los botines después de atender sus asuntos en el Palacio de Gobierno. Pero lo que más falta le hacía era el recorrido dominical acompañado de su esposa, que murió tan pronto como se mudaron a El Paso. Primero, misa de once en Catedral. Ahí se encontraba la alta sociedad chihuahuense que acudía al servicio religioso vestida con sus mejores galas. Afuera los cocheros esperaban en las calesas tiradas por hermosos caballos elegante-

mente enjaezados con mantillas y morriones. Después de misa, el paseo que iba de la Plaza de Armas a la Plaza Hidalgo, y al retorno, sobre la calle Libertad, el aperitivo en el gran salón del Hotel Palacio.

Entre estos recuerdos pasó los últimos años de su vida. Una mañana de abril, a don Manuel Alcántar lo despertó un mal sueño. Daba un paseo a caballo por un lugar de la sierra que conocía desde niño, cruzaba un arroyo pedregoso y seguía la falda del cerro hasta entrar en un cañón. De pronto, sentía que un gato montés brincaba desde los altos peñascos. Lo veía descender lentamente, al tiempo que él, asustado, le clavaba las espuelas al tordillo que montaba. El animal empezaba a correr, pero el felino seguía descendiendo en dirección a él, mostrándole la potencia de los colmillos, el filo de sus garras crispadas. Don Manuel abrió los ojos asustado. Eran las 4:15, cuarenta y cinco minutos antes de la hora en que habitualmente despertaba. Se levantó y llamó a gritos a la criada. Mientras ésta le proporcionaba ropa limpia y le preparaba café con leche, don Manuel se aseó y alifó su poblada barba cana. Una vez vestido cruzó el largo pasillo para ir a su oficina, al otro extremo de la casa, donde por varias horas hizo sus cálculos acostumbrados. Se disponía a invertir una buena cantidad en bienes raíces. La concentración que tales cálculos reclamaban no le impedía, cada vez que la criada entraba a servirle más café, manosearla. Le apretaba la parte alta de los muslos, las nalgas y los pechos; nada más. Sonreía complacido. A la joven el viejo le causaba repugnancia, pero sabía que a pesar de toda su lascivia, sus fuerzas no lo llevarían más lejos. Mientras él la tocaba ella miraba en cualquier dirección y esperaba. Tan pronto como don Manuel la soltaba se acomodaba el mandil y salía mascullando maldiciones.

A las ocho de la mañana don Manuel salió de su casa. El chofer lo llevó en su flamante Ford hasta el banco. Ahí lo

esperaba el gerente, un pelirrojo pulcro y rubicundo que le llevaba las cuentas bancarias con tanto celo como si fueran de su propiedad. Hablaron durante treinta minutos, luego don Manuel empujó la pesada puerta del banco y salió plenamente convencido de la eficiencia norteamericana en materia financiera. Cruzó dos calles en escuadra, la Mesa y la Mills. A las nueve tenía un desayuno de negocios con su nuevo socio, un judío recién llegado de Chicago. Tomó su leontina de oro y le echó un vistazo al Hamilton: aún tenía diez minutos. Don Manuel Alcántar, sin sospechar que eran los últimos de su existencia, puso pie sobre la animada Plaza San Jacinto con plena confianza en el éxito de sus negocios. Ni el mal sueño de esa madrugada lo hizo dudar un segundo. A su paso, las palomas que bajaban a picotear las cáscaras de cacahuate que unos niños arrojaban al suelo, saltaban de un lado a otro. Don Manuel empuñaba un bastón con manguillo pulido para ayudarse a caminar y abrirse paso entre las aves.

A esa hora de la mañana la plaza era muy transitada. Los mexicanos recién llegados, sin otra cosa que hacer se reunían ahí. Algunos relataban las innumerables hazañas que protagonizaba Villa, otros se lamentaban de las hambres sufridas y sus peripecias para llegar hasta el norte. Todos, mientras hablaban, miraban alertas los movimientos perezosos de los lagartos en el estanque artificial que se extendía en el centro de la plaza.

Don Manuel iba de camino al Hotel Paso del Norte, del otro lado de la plaza. Ahí se hospedaban los terratenientes de Chihuahua. Era el centro de reunión de políticos, revolucionarios y periodistas. Todo el mundo se podía encontrar en sus salones en aquellos años turbulentos. Pero esa mañana don Manuel faltaría a la cita. A escasos pasos de distancia del estanque sintió un intenso dolor en el pecho que lo obligó a soltar el bastón y encorvarse. Así estuvo unos

segundos ante los ojos sorprendidos de la plebe, luego pudo ver —un instante antes de caer fulminado— a uno de aquellos lagartos: el animal abría su enorme hocico y le mostraba las hileras de dientes puntiagudos.

Dejaba una cuantiosa fortuna en propiedades y dinero en efectivo a su único hijo, Manuel Arturo. Éste, años más tarde egresaría de la Universidad de Chicago comprometido con una norteamericana que, después de contraer matrimonio con él, lo obligaría a vender la casona de la calle Porfirio Díaz y a construir otra más amplia: una mansión tipo español de tres pisos, fachada blanca y tejas rojas, en la esquina de Luna y Copper, frente a Memorial Park.

Sin embargo, la norteamericana no vivió mucho tiempo en su nueva casa. La vida de Manuel Arturo, su devoción a los negocios y a otras mujeres, además del ambiente pueblerino de El Paso, fueron las circunstancias que terminaron por hartarla. Así, una mañana, Manuel Arturo la vio partir a su añorado Chicago. Ya soltero y dueño de una fortuna propia se dedicó en cuerpo y alma a sus dos pasiones: los negocios y las mujeres, en ese orden. Intereses que Manuel Arturo supo conciliar, pues el segundo no agotaba las ganancias del primero, ni éste impedía el gusto por lo otro. Fue años más tarde, cuando Manuel Arturo ya era un hombre mayor, que contrajo segundas nupcias con una prima lejana y pobre que conoció en un viaje de negocios a Chihuahua. Ella, en el año cincuenta, le dio su único hijo legítimo: Arturo.

Muy poco, además del apellido, quedaba en Arturo de don Manuel, su abuelo. Si acaso una cierta manera de mirar que le otorgaba a su rostro un aire despectivo y cauteloso; por lo demás, Arturo era impulsivo y melancólico. La sagacidad que le faltaba para emprender grandes negocios la sustituía con disciplina y trabajo. Habría sido un brillante académico o un profesionista notable si hubiera tenido la fuerza suficiente para oponerse a la voluntad de su padre,

quien convencido de que su hijo no necesitaba asistir a una universidad de prestigio para administrar la exigua parte de la fortuna familiar que pensaba heredarle, lo obligó a asistir a la universidad de la ciudad y le impuso además, la carrera que debía estudiar. Manuel Arturo veía la docilidad de su hijo como un signo de inferioridad. Nunca lo consideró un Alcántar. En silencio renegó de él, de su naturaleza apacible, de su suavidad.

Rodeado por los objetos que habían pertenecido a su abuelo, Arturo creció admirándolo, idealizando la figura de un hombre que existía a través de fotos amarillentas (donde posaba acompañado de políticos y militares que luego la historia llamaría traidores), y objetos diversos cuidadosamente conservados. Pero la relación de Arturo con su padre era fría y distante, pues desde niño había sentido su rechazo. En la noche, cuando el padre llegaba haciendo crujir el machimbrado de encino con la fuerza de sus pasos, Arturo fingía dormir para que al padre no se le ocurriera llamarlo y pedirle cuenta de sus actividades. Manuel Arturo quería oír historias que le mostraran que Arturito era agresivo, travieso: todo un hombre. No la persona taciturna que siempre sería, que miraría el acontecer de la vida sin involucrarse demasiado. Desde su cuarto el niño oía a su padre dar órdenes a los sirvientes con voz atronadora. Órdenes a unos y órdenes a otros.

Como su padre, Arturo creció en una zona exclusiva de la ciudad. Durante los años de aprendizaje básico y de *high school* asistió a colegios privados católicos donde los estudiantes eran anglosajones. Los que no, eran al igual que él, mexicanos descendientes de las clases privilegiadas. Su lengua materna era el español, pero la mayor parte de las veces se comunicaba en inglés. Expresaba mejor sus emociones en esta lengua, ya fuera por lo flexible que le resultaba o simplemente, porque relacionaba la experiencia emo-

cional con la experiencia inmediata y concreta en el mundo anglosajón. Sus años universitarios le dieron un título que no apreciaba porque fue un tiempo que él vivió en el limbo. Era la década de los setenta, los chicanos se organizaban en agrupaciones políticas y los mexicanos en la asociación de estudiantes extranjeros. Él no cabía en ninguna de las dos. Arturo se creía mexicano sin serlo en su totalidad: había nacido y se había criado en Estados Unidos. Eso no significaba que comprendiera la manera de percibir el mundo de los chicanos, ni compartiera su sentimiento de amor-odio hacia la sociedad colonizadora en la que vivían. Nunca se había sentido discriminado y menos explotado. Para él esas eran las experiencias de los otros. Tampoco se identificaba plenamente con los mexicanos, ni ricos ni pobres. Nada tenía él en común con los hijos de los trabajadores agrícolas que llegaban al país —incesantemente— muertos de hambre. Entre él y esos mexicanos había diferencias insalvables. Los otros, los privilegiados que llegaban a estudiar a la universidad, tampoco tenían mucho en común con él, salvo un nombre hispano. Arturo vivía en una frontera existencial. A un paso de pertenecer, pero al mismo tiempo separado por una línea trazada por la historia.

A los veintiún años Arturo obtuvo su título de contador público, cargado de resentimiento hacia su padre. Era inteligente y trabajador, de manera que aún sin necesitarla había ganado una beca. Fue una manera de rebelarse, de demostrarle a su padre que no lo necesitaba, de no aceptar su dinero y responder a sus imposiciones con guante blanco. Desplantes de juventud, de niño rico. Por su parte, el padre ni se enteraba de las acciones de su hijo; ordenaba a su administrador que depositara dinero en la cuenta bancaria de Arturo y no le interesaba saber cómo lo gastaba.

Movido por la ridícula idea de lo que creía su deber como hijo, Arturo se presentó a trabajar en uno de los nego-

cios de la familia, una importante tienda de maquinaria agrícola que exportaba fuertes cantidades en mercancías a México. Creyó —equivocadamente— que eso le agradaría a su padre y que al estar más cerca de él cultivaría su cariño. Con el paso de los días Arturo lo único que consiguió fue que su padre se convenciera de lo diferente que eran el uno del otro, que confirmara la triste opinión que tenía de él, y que lo relegara al nivel de simple empleado. Al cabo de tres años Arturo abandonó el negocio y se dedicó sólo a frecuentar los cafés de la ciudad. No pensaba en su futuro. Tenía veinticinco años y la convicción de que forzar los acontecimientos sólo propiciaba el infortunio. Confiaba en que le llegaría su tiempo. Estudiaba mapas antiguos. Poseía conocimientos sobre las diferentes maneras en que había sido concebido el globo terráqueo a través de los siglos. Su interés era únicamente de escritorio, pues nunca, a pesar de contar con los recursos y el tiempo para hacerlo, se entusiasmó con la idea de hacer un viaje por el mundo. Se sentía satisfecho con leer sus libros. Por las tardes Arturo se sentaba en el viejo escritorio de encino donde don Manuel Alcántar calculaba sus ganancias monetarias; cuando no leía revisaba su nutrida correspondencia con librerías especializadas hasta el momento de perder la luz natural, luego abandonaba su estudio y bajaba al comedor a leer el periódico mientras el ama de llaves le servía la cena.

Una tarde que su padre visitaba la bodega acompañado del administrador, un montacargas que movía una paleta cargada de llantas de tractor lo embistió por accidente. Las llantas le cayeron encima y provocaron su muerte instantáneamente. Manuel Arturo Alcántar le dejó por herencia la casa donde vivían y el negocio de la maquinaria. La mayor parte de su fortuna fue repartida entre la amante de sus últimos años, los tres hijos fuera del matrimonio que tuvo con diferentes mujeres, y algunos parientes lejanos que Arturo

nunca conoció. La decisión de su padre sólo confirmaba el desprecio que había sentido toda la vida por él.

El rencor acumulado en el corazón de Arturo, a lo largo de casi treinta años, hacia la autoritaria y distante figura paterna, se desvaneció con cada una de las paladas de tierra que cayeron sobre el ataúd. Liberado de esa presencia tiránica, Arturo confinó al olvido a su padre y tomó las riendas del negocio con decisión, como si siempre hubiera dirigido la empresa. Daba a sus días otro sentido. Arturo no conocía mayores ambiciones; vivía la vida tranquila, rutinariamente. Hubiera podido vender el negocio o dejarlo en manos del administrador, pero ya no había razón alguna para alterar el curso natural de sus días.

V. Nicole y Arturo

Bajo el domo los pálidos rayos del sol bañaban la cabeza de Nicole. Esa tarde estaba conforme. Bebía gustosa el agua fresca del vaso. Por primera vez se sintió voluminosa; aún no le crecía el vientre pero ya se sentía gruesa y satisfecha. Con la mirada se revisó los pechos, que deseó duros y plenos de leche. En seis meses nacería Gabriela y a Nicole, en el primer momento, tenerla en los brazos y sentir su vulnerabilidad le causaría una honda tristeza. Vería con dolor su indefensión, pero el simple acto de amamantarla —el pezón en la boca ávida de la criatura, el cuerpo de la niña prendido a su cuerpo— le brindaría un sentido nuevo de pertenencia. Nunca le dijo a Arturo las emociones que había sentido con el nacimiento de su hija, hasta muchos años después, cuando Gabriela se marchaba a vivir su propia vida, lejos de la casona de Copper y Luna. Pero esa tarde Nicole tan sólo esperaba a su marido con los pies hinchados y el corazón gozoso.

Arturo llegó con ganas de continuar la conversación que había quedado inconclusa esa mañana. Conocía a Nicole y sabía que no podría disuadirla de su propósito, aunque tal vez sería posible llegar a un acuerdo. Ella, sentada en el centro del restaurante, de espalda a la entrada, no vio cuando su marido llegó; en cambio los ojos de él la encontraron tan pronto como puso pie en el restaurante. Para él era inconfundible la cabeza de cabello castaño de Nicole, muy corto en la nuca. Arturo la besó en la mejilla y se sentó muy próximo a ella; después ordenó un whiskey con hielo.

—¿Hace mucho que llegaste? Disculpa la tardanza. A última hora llegó un cliente importante y tuve que atenderlo personalmente.

—No te preocupes. Ni siquiera me di cuenta que se hacía tarde.

—¿Cómo te fue con Guadalupe?

—Creo que bien. Imagínate, Dick Thompson no creyó que la muchacha podía resultar tan fuerte, a pesar del forcejeo y el arma ella logró pedir auxilio y ser escuchada por el vecino: un niño de doce años que acudió a la casa de los Thompson para ver qué pasaba porque oyó disparos. Cuando el niño llegó a la casa se quedó a la expectativa en la reja, fue entonces que vio a Guadalupe ir hacia la calle gritando, pidiendo auxilio. De regreso a su casa encontró a su padre, que iba a buscarlo. El padre llamó a la policía que, por cierto, llegó muy a tiempo. Evidentemente, Dick no llevaba el propósito de matarla.

—Me alegra saber que no terminó en una tragedia. A Dick lo conozco desde niño; era rebelde y engreído, pero nunca lo hubiera creído capaz de una bajeza como ésta. ¿Cómo está Guadalupe?

—A ella la veo bien, tranquila, tanto que no le interesa mi ayuda. Quiere ingresar a la congregación de las hermanas que atienden el Refugio.

—Desde luego que tú la convenciste de lo contrario, —dijo Arturo mientras ojeaba el menú. En su voz había un tonillo sarcástico.

—¿Y qué querías? ¿Que por unas monjas suspendiera mi trabajo? —Respondió Nicole con la voz encendida.

En ocasiones a Arturo le era difícil comunicarse con Nicole. Se exaltaba con demasiada facilidad, sobre todo cuando se trataba de situaciones que ella interpretaba como actos racistas. Era la fibra más sensible de Nicole y lo más ajeno a la experiencia de Arturo. Él trató de calmarla, le dijo que era necesario que hablaran, pero que lo hicieran con más serenidad. Ordenaron la cena.

Nicole comió despacio. Pensaba lo que Arturo le diría enseguida. Nada agradable, seguramente. Los últimos rayos del sol entraron por los cristales del domo. Las luces estaban encendidas. Con la pálida luz artificial los ojos verdosos de Nicole se oscurecieron. La luz opalina y la música suave que tocaba el pianista influyeron en el ánimo de los dos. Nicole

dejó de comer para mirar a su marido desde la placidez que empezó a sentir. Lo encontró un buen hombre, robusto y calvo, de brazos fuertes. Cuando terminaron de comer, Arturo ordenó otro whiskey y encendió un cigarrillo; lo aspiró con calma un par de veces, luego dijo:

—Thompson me llamó para pedirme que olvidáramos todo lo relacionado con Guadalupe Maza. Muy sutilmente me recordó algunos negocios que hizo con mi padre. También dijo que entendía tu preocupación por ciertas cosas pero que no era necesario seguir con este asunto. ¿Qué piensas?

—¿Tú que le dijiste? —Preguntó Nicole defensiva.

—Que en tu trabajo únicamente decidías tú. Desde luego, eso me costó un comentario burlón, que si en mi casa quien llevaba los pantalones era mi esposa. Ya sabes cómo es eso.

—Y quieres que claudique, ¿verdad?

—No exactamente. Tú puedes pasar el caso a otro abogado y estar pendiente. Según entiendo, además del susto a Guadalupe nada le pasó. Tú misma me acabas de decir que ella no está interesada en hacerle cargos a Dick. Creo que también la puedes ayudar de otra manera, por ejemplo, con lo que ella quiere hacer.

—¿Por qué me pides eso, Arturo? Siento como si en estos dos años que llevamos casados no me hubieras conocido. ¿No puedes ver que para mí este asunto va más allá de la simple persona de Guadalupe Maza? ¿Por qué te importa Thompson?

—No me importa Thompson, pero también tú trata de entenderme. Me gustaría no entrar en ningún conflicto con él, es cierto. Por otra parte me agrada pensar que tú puedes refundir a su hijo en la cárcel.

—Parece que lo odias.

—Les tengo coraje. Sí, odio la prepotencia de Thompson. También me dijo que no quería molestar al juez, pero que si era necesario lo haría y tú no conseguirías nada. Esta mañana que me habló, todo el tiempo me pareció que oía a

mi padre dándome órdenes, burlándose de mí. *You're afraid of your wife Alcántar, aren't you?*

Nicole escuchó al hombre que tenía enfrente. A medida que explicaba sus razones Arturo bajaba el tono de su voz.

—¿Qué quieres que haga? Esta mañana me diste unas razones para dejar mi trabajo, ahora tienes otras. No te entiendo.

Tampoco él sabía a ciencia cierta lo que quería. Arturo trataba de evitar un enfrentamiento con Thompson, a pesar de que todo se reduciría a una discusión. Pero se rehusaba a ser considerado por su esposa de la misma manera que lo había hecho su padre, como un hombre débil. Antes de responder pensó lo que iba a decir:

—Tú eres lo que más me importa, —dijo finalmente—. No te pido que abandones a Guadalupe porque sé que no harás y frente a tus ojos yo quedaría como un hombre que se amilana ante cualquiera. Eso no lo soportaría. Olvidemos a los Thompson. Mira, ni siquiera te he preguntado cómo te encontró la ginecóloga, —repuso sinceramente interesado en la salud de Nicole.

—Mi embarazo marcha bien. Respecto a lo demás, creo que no tienes razón para preocuparte. Thompson puede hacer lo que le dé la gana. Yo voy a proceder de acuerdo con lo que creo justo. Tú Arturo, ¿qué piensas hacer?

—Veo que esta situación me va a acarrear problemas con Thompson, pero créeme, estoy listo para enfrentarlo.

—Mi pregunta era también en relación a nosotros dos.

—No entiendo.

—Sí, Arturo. Tú y yo pertenecemos a mundos diferentes. Tenemos historias diferentes. Cuando nos conocimos esas diferencias resultaron atractivas, hasta seductoras. Decidimos casarnos porque creímos que entre nosotros no serían importantes, pero lo son. No puedes negarlo.

—¿Que pienso hacer? Vivir mi vida contigo, —respondió Arturo convencido.

VI. Garden Party

El viento soplaba suave. Mecía con delicadeza los tallos de las flores que Helen cultivaba laboriosamente y que de manera estratégica había sembrado al fondo del jardín, de tal forma, que cuando alguien miraba desde los ventanales de la casa se encontraba con el espectáculo que ofrecían cientos de corolas de formas y matices diversos en un ceñido tejido vegetal. Conservar vegetación tan delicada suponía no sólo mucha atención sino abundancia de abonos y agua, lo cual no dejaba de asombrar dada la aridez de la región. Pero Helen era una mujer dedicada y contaba con la ayuda de don Rito, el jardinero bueno y barrigón que cada sábado por la mañana recogía en la acera de Sacred Heart. Él segaba concentrado el césped y ejecutaba diligentemente las órdenes de la señora Helen: Un poco de fertilizante allá, algo de insecticida aquí, vitaminas mezcladas en la tierra, abrillantador a las hojas . . .

Ambos habían dedicado la Semana Santa a perfeccionar el jardín. Helen, enfundada en sus jeans, guantes de mezclilla y sombrero de paja, inspeccionaba todos los rincones, que no hubiera indicios de esas molestas plagas que empezaban a invadir las plantas apenas los días se ponían más cálidos. Rito, armado de escardillo y trasplantador, sembraba los tulipanes alrededor del grueso tronco de los sicomoros. Los querían por colores: los amarillos juntos, los rosas en un mismo sitio; sólo los blancos podían ir salpicados con los de color malva. Helen había comprado diez docenas en el invernadero, todas las que habían llegado de California. Sería difícil conservarlos con las temperaturas de la región, pero si sobrevivían al domingo frescos y erguidos bajo la fronda, se daba por satisfecha.

El escenario estaba listo para celebrar el *Easter brunch* que los Fernández ofrecían a sus amigos cada año. Ese día

todo era perfecto: los jardines meticulosamente acicalados, el azul profundo del cielo, la brillantez del sol, la leve brisa del viento. Hasta los ridículos, entorpecedores y vaporosos vestidos de grandes moños con los que las madres se empeñaban en vestir a las niñas en Domingo de Pascua, acentuaban la armonía de esa vibrante y cultivada atmósfera primaveral.

Para Nicole era mejor aceptar la invitación de los Fernández que permanecer el día sola en su departamento. Estaba a punto de terminar el primer video de la jornada cuando decidió apagar la videocasetera y vestirse adecuadamente para ir a Kern Place. La alternativa era ver los otros dos videos que de antemano había preparado para ese domingo. Pero también creía conveniente socializar un poco, conocer otro aspecto de la comunidad que había escogido para desarrollar la profesión. Aún antes de entrar, mientras cruzaba el amplio porche de la casa *frontier* color marrón, vacilaba, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse porque Helen abrió la puerta justo cuando ella estaba ahí, dubitativa y hecha una tonta.

—Adelante, qué gusto verte.

Helen la condujo a un grupo de señoras que conversaban en la terraza. El tema que las ocupaba era la enorme estrella de luces que permanecía encendida todo el año en la Montaña Franklin. Recaudar los fondos necesarios para cubrir el consumo de energía eléctrica del emblema era su preocupación en esos momentos. Una dama gruesa, de mayor edad, tocada con algo parecido a una cofia de fieltro blanco de la que se desprendía en la parte más alta un racimo de frutillas de pasta, se atrevió a opinar en contra del sentir general.

—A mí me parece, —dijo elevando las cejas—, que mantener esa estrella encendida todo el año es un desperdicio. Podríamos dedicarnos a cosas más significativas. En mis tiempos, muchachas . . .

Las demás guardaron silencio unos segundos. La edad de la señora Baker así como su antigüedad en la Junior League, obligaba a las más jóvenes a considerar el tono de sus posibles respuestas. Nicole las abandonó cuando saltaron las primeras ocurrencias; pronto dejó de escucharlas; sus palabras se perdieron en el arriate de gladiolos blancos que rodeaba la terraza.

El camino de losas la llevó al extremo más soleado del jardín, donde tres hombres hablaban acaloradamente. La saludaron con cortesía, pero enseguida los dos mayores reanudaron la conversación.

—Las medidas que se toman en Washington nos afectan localmente, por eso es importante que presentemos una protesta más enérgica. —El señor Thompson lo dijo en el tono de suficiencia en el que acostumbraba hablar. Dio un trago largo a su champaña, después sacó un pañuelo blanquísimo y secó el sudor que le humedecía la frente surcada de arrugas. Nicole advirtió el monograma azul bordado en una de las esquinas. En seguida se acercó un mesero; cargaba una bandeja repleta de copas aflautadas, en cuyos bordes jugaban los rayos del sol. Thompson cambió la copa vacía por otra helada y llena.

—¿No cree usted que sería importante formar una comisión que incluyera al cónsul mexicano? —Preguntó Asaad, comerciante de telas, propietario de una tienda muy concurrida a dos cuadras del puente. El árabe era un hombre macizo, algo mayor que Arturo. Vestía un traje de lino claro y una camisa desabotonada hasta medio pecho, que permitía ver cuán velludo era. Nicole lo miró y de golpe recordó la historia de su abuela. Sonrió.

—Bueno, en realidad la comisión podría tener un carácter más amplio, —corrigió Thompson—. Si estuviera integrada por comerciantes de ambos lados sería mejor.

Recuerde que el bloqueo también afecta a los juarenses, —agregó dirigiéndose únicamente a Asaad.

En ese momento se acercó un niño a Asaad para decirle que Mamá ya se quería retirar. Él le entregó un llavero y le dio algunas instrucciones. Nicole aprovechó la interrupción para intervenir en la plática.

—¿De qué manera? —Preguntó con marcado interés.

—El turismo norteamericano disminuye considerablemente. Mire usted, nadie quiere someterse a largas horas de espera para cruzar el puente, cuando se viene de regreso. No vale la pena.

—¿Usted piensa lo mismo? —Preguntó de nuevo Nicole, sólo que en esa ocasión se dirigió a Arturo, pero quien respondió fue Asaad.

—Claro que sí, pero el impacto económico es mayor para nosotros. Las tiendas están vacías, en menos de un mes he registrado la mayor pérdida de dinero desde que abrí la tienda. Ni las devaluaciones del peso me han afectado tanto como esta dichosa operación . . . , —comentó visiblemente molesto—. Imagino que usted pasa por lo mismo, Alcántar, —agregó.

Arturo no respondió inmediatamente. Escuchaba la risa de las muchachas en el otro extremo del jardín, en la isla que formaban los saucos florecidos alrededor de la glorieta. Se preguntaba cómo fue que se quedó envarado con estos dos aburridos. No encontraba la manera de irse. De no estar con las jóvenes hubiera preferido acompañar a los viejos, que bebían coñac y conversaban animadamente en el comedor. Seguramente hablaban del pasado, tema que siempre le resultaba interesante. Todavía se tomó unos segundos más antes de responder para sonreírle a Nicole.

—Mi situación es contraria a la suya. Las devaluaciones del peso mexicano me afectan mucho más que las acciones de la Border Patrol. La buena fortuna de mi negocio depende

más directamente de la economía mexicana, —repuso con amabilidad pero sin interés. Luego trató de dirigirse a Nicole, pero Asaad le pidió una explicación más detallada sobre lo que acababa de decir.

—Sus clientes, Asaad, —intervino Thompson entrece-
rrando los ojos, tenía el sol de frente—, son trabajadores
pobres que cruzan a pie el puente Santa Fe. Por su aspecto
los detienen al llegar a las garitas de inspección de docu-
mentos. —Thompson hizo una pausa para llamar al mesero.
Todos tomaron una nueva copa de champaña. Arturo,
además sacó un cigarro del bolsillo de su camisa de seda y
dejó la envoltura de celofán sobre la bandeja. Después de
encenderlo dio una larga fumada mientras Nicole aspiraba el
fuerte olor que despedía el habano. Tras soltar una espesa
bocanada de humo, Arturo se dirigió a ella:

—Los agentes de inmigración por lo general son indife-
rentes a la dinámica de las poblaciones fronterizas y pien-
san, equivocadamente, que todos vienen a trabajar, a
quedarse en este país. Su poco entendimiento no les permite
ver que El Paso es una ciudad que vive gracias al consumo
de los mexicanos, incluidos los más pobres.

—Exagera, Alcántar, —observó Thompson negando con
la cabeza.

—Lo que aún no entiendo, —dijo Asaad—, es su
situación en todo esto.

Para Nicole la situación de Arturo tampoco quedaba
clara, por eso lo miró directamente a los ojos y le obsequió
una sonrisa abierta. Lo invitaba a que continuara con su
explicación.

—Mi caso es diferente porque yo exporto maquinaria
agrícola a México. Como ustedes han de imaginarse mis
clientes son personas de alto ingreso que cruzan en
automóvil o llegan por vía aérea. Es por eso que las devalua-
ciones son más perniciosas para mí, que operaciones encami-

nadas a detener a los trabajadores ilegales. La demanda de
mis mercancías se ve afectada con el alza del dólar contra el
peso mexicano.

Arturo se dirigía a Nicole. Estaba aburrido, quería sepa-
rarse de ellos pero no encontraba el pretexto, menos ahora
que la muchacha parecía interesada en la conversación. Era
importante para todos discutir la economía local. De pronto
Nicole anunció que se retiraba. El sol y la champaña la ame-
nazaban con una jaqueca. Arturo aprovechó el momento
para despedirse también él y seguir a Nicole al interior de la
casa. La estancia era amplia y fresca, de muros claros, deco-
rado uno de ellos con un original de R.C. Gorman. Había un
pequeño armario donde los Fernández coleccionaban
valiosas piezas de cerámica nuevomexicana. Una butaca de
piel. Un antiguo arcón de madera al que aún le quedaban
vestigios de color verde turquesa, que Nicole hubiera queri-
do inspeccionar por dentro. Frente a la ancha puerta de
vidrio un canapé de lana blanca, donde se instalaron Nicole
y Arturo.

—¿Cómo conocí a los Fernández? Ellos son condiscípulo-
s de uno de mis maestros de la escuela de leyes. Cuando
supo el tipo de trabajo que yo quería desarrollar me sugirió
este lugar y me recomendó con ellos. Así fue como vine a El
Paso, hace apenas seis meses.

Nicole se dejó llevar por las preguntas de Arturo, una
tras otra. Le respondía afable porque encontraba natural su
interés. Lo miraba —alto, corpulento, con su prematura
calvicie, su manera de ladear la cabeza cuando escuchaba—
y pensaba que había mucho candor en ese hombre que pre-
guntaba todo directamente, como si ejerciera un derecho
implícito en la relación que apenas empezaba a darse. La
voz de Nicole, a medida que avanzaban las horas, ante la
mirada atenta del hombre que tenía enseguida, adquiría una
textura cibelina. Arturo por su parte, experimentaba una sen-

sación de tranquilidad que quiso adjudicar a la quietud de la estancia.

—¿Por qué ese interés?

—Por un muchacho que amaneció muerto en la carretera, —respondió Nicole, por primera vez parca. La intensa luz vespertina que iluminaba la sala empezaba a tornarse penumbrosa.

Arturo imaginó que se trataba de algún amante. La fiesta vivía sus últimos momentos. El jardín comenzaba a quedarse solitario. La respuesta no le gustó a Arturo, aún así comentó cualquier cosa. El viento sacudió los árboles con fuerza y Arturo se sintió repentinamente decaído. Dijo:

—El día que mi padre se accidentó, yo que nunca me paraba en el negocio, por razones del azar estaba ahí. Nunca he podido olvidar su rostro de esa mañana. Muchas veces pensé en su muerte como la única manera posible de liberarme de su tiranía. Cuando lo vi tendido en el suelo, inmóvil, con la boca abierta, descubrí el tamaño de mi debilidad. Me cundió una rabia muda contra él. Tuve que retirarme. Dejé los trámites funerarios en manos de su administrador. Permanecí encerrado en casa hasta el día que lo enterré. Cuando llegué a la funeraria encontré el ataúd cerrado, pero en esos momentos yo no sentía deseos de verlo. Pasaron los días y los años y la única imagen que tengo de él es la de esa mañana; la de su muerte.

Nicole escuchó el breve relato de Arturo. La tarde, que había transcurrido lenta y perfecta, descarriló rápidamente en una noche sombría. Los invitados se fueron, los meseros recogieron y los Fernández se metieron en su recámara.

—Ese muchacho muerto, ¿quién era? —Preguntó él, pero Nicole ya no respondió.

VII. Memorial Park

Eran las ocho de la noche cuando Nicole y Arturo salieron del restaurante. La oscuridad aún no alcanzaba su densidad total. La luna, como el recorte de una uña, colgaba en lo alto del cielo. El automóvil de Nicole siguió el pesado Mercedes azul de Arturo por la ruta que él tomaba a diario, sobre la calle Montana hacia el este; en la esquina con Piedras doblaron al norte y en la Copper de nuevo tomaron hacia el este un par de cuadras más. Cuando llegaron a casa, después de meter los carros en la cochera, ella quiso dar un paseo por el parque. A esa hora de la noche era una imprudencia, se lo dijo Arturo, pero ella se apoyó en el brazo de él y caminaron por las oscuras veredas de Memorial Park. La maternidad de Nicole lo ponía nervioso; a ella más plena, más vibrante. El viento cuaresmal agitaba los árboles, revolvía la cabellera y los pensamientos de Arturo; le ponía la mirada cautelosa. El cuerpo preñado de la mujer se estremecía con el viento. En el fondo de Nicole yacía una fuerza aún no esclarecida. Caminaba entre las envolventes sombras del parque, membrana vegetal, donde ella era la semilla dormida en el centro.

Ante sus ojos vio pasar el ferrocarril, largo y rápido, en una imagen lejana que estaba ahí, a unos cuantos metros de ella. “Nicole”. Oyó una voz llamándola, sumergiéndola con la palabra Nicole dentro de sí misma, dentro de ese cuerpo que cargaba otro cuerpo. Por unos instantes se vio rodeada de agua y luz. “Nicole”. Volvió a oír la voz que la llamaba, que la reclamaba esa noche en el parque en una banca de cemento frente al tren que justo acababa de pasar. “Nicole”, por tercera vez.

Arturo y Nicole caminaron hacia el puente de piedra. Abajo el arroyuelo avanzaba lerdamente en un murmullo de ramas secas. Imágenes perdidas en la memoria de Nicole empezaron a rebelarse. Veía el rostro de un muchacho y una pick up azul. Dieciséis años. Una nieve en el Dairy Queen.

El paseo por las atueras del pueblo, los algodonales bajo la luna amarilla y redonda, la oscuridad y los primeros besos, el miedo, las manos que la buscaban, la piel ensalivada, la estrechez de la cabina.

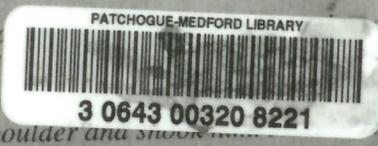
Sentados en la cresta empedrada de la arcada, Nicole y Arturo miraban en la misma dirección. Arturo el lucero del fondo, Nicole los ojos del muchacho, la boca mojada que la tocaba, las manos que encontraban la tibieza de la piel, el calor de junio a la orilla del algodonado, la voz que la abraza urgente, la bragueta abierta, la humedad, el cuerpo tenso y duro del muchacho, la tierra roturada en la honda noche, los senos dulces y suaves como higos, el principio del dolor de los amantes, la carne estremecida, el canto de la cigarrá, las horas llenas de sentido.

Cruzaron el puente y siguieron el camino largo del murete de piedra. Del otro lado, los árboles ennegrecidos por los rayos sacudían su ramaje. Al fondo los esperaba una tortuga gigante. Sobre el río caparazón encementado Nicole descansó su cuerpo. Imaginó al muchacho sin rostro. De día el lomo doblado sobre el algodonado. En la carpa, de noche, la cintura ceñida por los muslos de la joven. Los nervios de Arturo se exacerbaron. "Nicole, regresemos". El perro que tiraba a la anciana del viejo gabán pasó indiferente a ellos; su dueña emitió un sonido como gorgoteo y se perdió en la sombra nemorosa.

Entraron a la casa en silencio. En la cama Arturo la besó en un intento por recuperarla, mas Nicole se le escapaba en las fajas de la noche, la sabía más allá del tacto y las palabras. Su único recurso en la batalla era el amor, por eso la buscó intensamente; la penetró con rabia, entró en lo más profundo para arrancarla de sí misma.

Aún de madrugada Nicole abandonó la cama. Su cuerpo iluminado por un haz de luz en la luna del armario reflejó su desnudez. Desde el otro lado del abismo sus ojos en la serena superficie del espejo encontraron a Nicole.

Suddenly I saw him appear
the boxcars. Martín and
up their arms like they were
grabbed Martín by his shoulder and shook
were watching close to see what was gonna happen . . .



side of the river, between
were arguing. They lifted
h other. The Migra guy
all the people on this side

In the title story of this collection set along the Texas-Mexico border, young Mónica waits for her boyfriend Martín under the bridge connecting El Paso and Ciudad Juárez. Martín is a *pasamojados*, someone who smuggles people across the river. When he asks Mónica if she wants to leave with him, she's afraid. Afraid to suffer the way her parents did when they went north, suffocating in heat and fear, unable to find a job. But in spite of her fears, she finds herself at the river bank, being pushed into the tire tube that serves as a raft.

Mexican writer Rosario Sanmiguel crafts intriguing narratives about solitary women in search of their place, caught between the past and the present. The stories follow these women—some from privileged backgrounds and others from desperate circumstances—through seedy bars, hotel rooms, and crowded streets of the border.

Originally published in Mexico as *Callejón Sucre y otros relatos*, John Pluecker's translation captures the nuances of border dialect and irony. The seven stories interweave the opposing themes of solitude and connectedness, longing and privilege, fear and audacity, all of which are juxtaposed on the boundary of self-awareness.

Rosario Sanmiguel is the author of a novel, *Árboles o apuntes de viaje* (PuenteLibre Editores, 2006), and a collection of stories, *Callejón Sucre y otros relatos* (Ediciones del Azar, 1994). Her work has been published in several anthologies and magazines, including *Sin límites imaginarios: Cuentos del norte de México* (Universidad Nacional Autónoma de México, 2006). She lives and works in Ciudad Juárez, Mexico.

English translation by **John Pluecker**. His fiction and poetry have appeared in numerous journals, such as *The Julie Mango*, *Altanoche*, and *New Texas*, and his non-fiction has appeared in *Clamor Magazine* and *El Diario de Tampico*.



Arte Público Press
University of Houston
452 Cullen Performance Hall
Houston, TX 77204-2004
www.artepublicopress.com
Order by phone: 800-633-ARTE



9 781558 855144